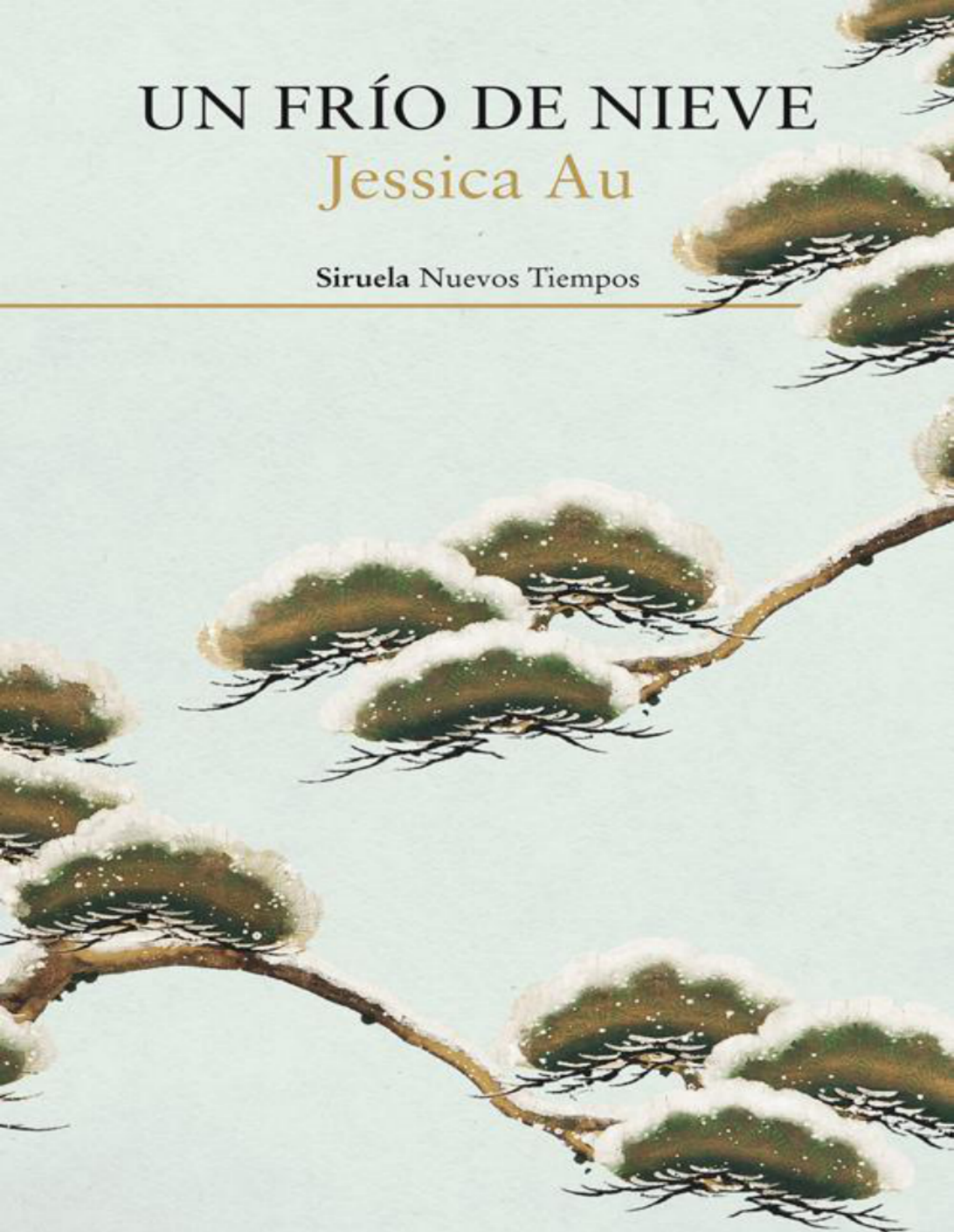

UN FRÍO DE NIEVE
Jessica Au
Siruela Nuevos Tiempos

Jessica Au

UN FRÍO DE NIEVE

Traducción del inglés
de Regina López Muñoz

Siruela
Nuevos Tiempos

Edición en formato digital: enero de 2024

Título original: *Could Enough for Snow* En cubierta: ilustración © Ogata Kenzan / Rawpixel Diseño gráfico: Gloria Gauger

Publicado originalmente por Giramondo Publishing,
Fitzcarraldo Editions y New Directions

Esta edición se publica por acuerdo
con Casanovas & Lynch Literary Agency

Ediciones Siruela, S. A.
c/ Almagro 25, ppal. dcha.
www.siruela.com

ISBN: 978-84-19942-65-4

Conversión a formato digital: María Belloso

Para Oliver

Estaba lloviendo cuando salimos del hotel, una lluvia leve y fina, como ocurre a veces en Tokio en octubre. Anuncié que el lugar al que íbamos no quedaba lejos, solo teníamos que ir hasta la estación, la misma a la que habíamos llegado la víspera, coger dos trenes y atravesar luego unas cuantas callecitas hasta el museo. Saqué el paraguas y lo abrí, y me subí la cremallera del abrigo. Era temprano y la calle estaba abarrotada de gente que en su mayoría salía de la estación en vez de encaminarse hacia ella, como nosotras. Mi madre no se apartó de mí ni un segundo, como si percibiera que el flujo de la multitud era una corriente, que si nos separábamos no conseguiríamos juntarnos de nuevo y seguiríamos alejándonos cada vez más, a la deriva. La lluvia era suave y consistente. Dejaba un delicado velo de agua en el suelo, que no era asfalto, sino una serie de baldosines cuadrados, a poco que una se molestara en fijarse.

Habíamos llegado la noche anterior. Mi vuelo aterrizó una hora antes que el de mi madre y la esperé en el aeropuerto. Estaba demasiado cansada para leer pero recogí el equipaje, compré una botella de agua y dos billetes para uno de los trenes rápidos, y saqué efectivo del cajero automático. Barajé comprar algo más, té tal vez, o algo de comer, pero no sabía cómo se encontraría mi madre cuando aterrizara. Cuando salió por las puertas la reconocí de inmediato incluso de lejos, creo que por el porte o los andares, porque no le veía del todo bien la cara. De cerca me fijé en que seguía vistiendo con esmero: una camisa marrón con botones de perla, pantalones entallados y discretos ornamentos de jade. Siempre había sido así. Su ropa no era cara, pero la escogía prestando atención al corte y a que le favoreciera, a la sutil combinación de las texturas. Parecía una mujer coqueta de una peli de hace veinte o treinta años, anticuada y a la vez elegante. Vi también que tiraba de una maleta grande, la misma que yo recordaba de nuestra niñez. La tenía guardada en el altillo del ropero de su dormitorio, desde donde se cernía imponente sobre nosotras, casi siempre intacta; solo la bajó para los pocos viajes que hizo de vuelta a Hong Kong, como cuando murió su padre, y más

tarde su hermano. Casi no tenía señales de uso, e incluso ahora parecía casi nueva.

A principios de año le había propuesto que me acompañara en un viaje a Japón. Ya no vivíamos en la misma ciudad, y nunca habíamos explorado otros lugares juntas como adultas, pero empezaba a percibir que era importante, por motivos que aún no era capaz de definir. En un primer momento se mostró reacia, pero insistí y al final accedió, no con palabras, sino protestando un poco menos, o dudando por teléfono cuando le preguntaba, y por esas meras acciones supe que por fin me daba a entender que me acompañaría. Escogí Japón porque yo ya había estado y, aunque ella no, pensé que mi madre se sentiría más a gusto explorando otra zona de Asia. Y tal vez intuía que el hecho de que ambas fuéramos extranjeras nos pondría en pie de igualdad. Me decanté por el otoño porque era nuestra estación preferida desde siempre. Los jardines y los parques estarían más bonitos que nunca; final de temporada, todo a punto de desaparecer. No preví que todavía podía haber tifones. Los partes del tiempo ya habían dado varios avisos, y desde que llegamos no había parado de llover.

En la estación, le di a mi madre su tarjeta de metro y pasamos los tornos. Dentro, busqué la línea y el andén que nos interesaban, tratando de casar el nombre y los colores con lo que yo había señalado en el mapa la noche anterior. Por fin averigüé la conexión. En el andén había marcas en el suelo que indicaban dónde ponerse en cola para subir a bordo. Ocupamos nuestro lugar obedientemente y el tren llegó al cabo de unos minutos. Había un asiento individual libre cerca de la puerta, le indiqué a mi madre que se sentara y yo me situé de pie a su lado, viendo las estaciones pasar de largo. La ciudad era gris y hormigón, mate bajo la lluvia y no del todo desconocida. Reconocía las formas de todo —edificios, pasarelas elevadas, pasos a nivel—, pero en los detalles, en los materiales, cada elemento era ligeramente distinto, y esas variaciones pequeñas pero significativas no dejaban de absorberme. Pasados veinte minutos trasbordamos a una línea más pequeña y menos concurrida, y esta vez pude sentarme a su lado y observé cómo la altura de las construcciones iba menguando cada vez más hasta que alcanzamos el extrarradio y se convirtieron en hogares con muros blancos y tejado plano y coches compactos aparcados en la entrada. Caí en la cuenta de que la última vez que había estado allí iba con Laurie y me acordaba a ratos de mi madre. Y ahora estaba con ella y me acordaba a ratos de él, de cómo recorríamos la ciudad a toda

velocidad desde por la mañana hasta bien entrada la noche, viéndolo todo, asimilándolo todo. Durante aquel viaje fuimos niños otra vez, enloquecidos y excitables, hablábamos sin parar, reíamos sin parar, siempre ávidos de más. Recordé pensar que me habría gustado compartir una parte de aquello con mi madre, por pequeña que fuera. Después de aquel viaje empecé a estudiar japonés, como si inconscientemente planeara ya este otro.

Esta vez salimos a una calle tranquila en un barrio arbolado. Muchas de las casas estaban construidas al pie de la calzada, pero los vecinos habían colocado en el escaso espacio disponible jardineras pequeñas con peonías o bonsáis. Nosotras también habíamos tenido un bonsái cuando yo era niña, en un tiesto blanco y cuadrado con patitas diminutas. No creo que lo comprara mi madre, debió de ser un regalo que conservamos y cuidamos durante mucho mucho tiempo. Recordé, sin saber por qué, que de pequeña no me gustaba nada, tal vez porque aquel arbolito en miniatura al que no le faltaba un detalle me parecía una planta antinatural, o solitaria, casi como una ilustración, creciendo sin compañía a pesar de que su aspecto proclamaba que debía estar en un bosque.

Dejamos atrás un edificio con un muro de ladrillos de vidrio translúcido, y otro cuya superficie era de color seta. Por delante de nosotras, una mujer barría hojas de la acera y las metía en una bolsa. Hablamos un rato sobre el piso nuevo de mi madre, que yo todavía no había visto. Había dejado hacía poco la casa de nuestra infancia para mudarse a un edificio pequeño en las afueras, más cerca de mi hermana, y más cerca de sus nietos. Le pregunté si le gustaba, si en el barrio había tiendas donde comprar la comida que a ella le gustaba, si tenía amistades cerca. Me dijo que los pájaros armaban mucho jaleo por las mañanas. Al principio los había confundido con gritos de niños y había salido para oír mejor y comprobar si pasaba algo. Entonces se dio cuenta de que el ruido eran pájaros, pero cuando se puso a buscarlos en los árboles no vio ninguno. Allí fuera había solares grandes, autovías. Podías andar y andar sin ver a nadie, a pesar de las muchas casas de alrededor.

Me di cuenta de que estábamos llegando a un parque y consulté el mapa en el teléfono. Le propuse a mi madre que lo atravesáramos, la distancia al museo sería más o menos la misma. En un momento dado había dejado de llover y cerramos los paraguas. El interior del parque era inmenso, con un dosel oscuro y senderos sinuosos. Así imaginaba

los parques cuando era niña, boscosos, sombríos y húmedos, un mundo dentro del mundo. Pasamos junto a una zona de juegos vacía con un tobogán de metal de bordes azules también metálicos cuya superficie todavía exhibía gruesos goterones de lluvia. Una serie de riachuelillos se abría camino a través de los árboles, entrecruzándose, separándose y entrecruzándose de nuevo. Unas piedras planas partían las aguas, como pequeños desfiladeros o montañas, y por aquí y por allá había puentes pequeños y estrechos como los que salían en las postales o fotos de viajes por Oriente.

Antes de venir me había comprado una cámara nueva, una Nikon. Aunque era digital, tenía tres diales pequeños y un visor de cristal, además de un objetivo que podía girarse con los dedos para ajustar la apertura focal. Me recordaba a la cámara que había usado mi tío para las fotos de familia de cuando ellos eran jóvenes, en Hong Kong. Mi madre todavía conservaba algunas de esas imágenes. Yo las miraba a menudo de pequeña, escuchando las historias que las acompañaban, fascinada por las manchas de color que a veces presentaban, como una gota de aceite en el agua, abriendo un agujero luminoso en la superficie. Aquellas fotografías tenían para mí una elegancia de mundo arcaico, con mi madre y mi tío posando casi como un matrimonio tradicional, ella sentada y él de pie detrás, el pelo de ambos muy repeinado, luciendo un vestido estampado o una camisa blanca bien planchada, con las calles y los cielos de un Hong Kong de aspecto sofocante y húmedo como decorado de fondo. Pasado un tiempo, olvidé por completo aquellas fotos y no las redescubrí hasta años después, cuando mi hermana y yo vaciamos el piso de mi madre, en una caja de zapatos llena de sobres amarillos y álbumes de pequeñas dimensiones.

En el parque saqué la cámara, ajusté la exposición y retrocedí un poco con el ojo puesto en el visor. Mi madre, percibiendo el cambio de distancia entre nosotras, se volvió y vio lo que yo estaba haciendo. Adoptó al instante una pose estándar: pies juntos, espalda recta, manos unidas. ¿Está bien así, me preguntó, o me pongo mejor ahí, más cerca de ese árbol? En realidad, mi intención había sido inmortalizar algo distinto, ver su cara tal como era en circunstancias normales, cuando estaba a solas con sus pensamientos, pero le dije que así estaba bien y saqué la foto. Me preguntó si me hacía ella una, pero le respondí que no, que mejor seguíamos.

En las semanas previas al viaje yo había dedicado muchas horas a

investigar diversos enclaves —santuarios, parques boscosos, galerías, las pocas casas antiguas que quedaron en pie después de la guerra—, pensando todo el rato en lo que a ella le gustaría ver. Creé una carpeta en mi ordenador llena de direcciones, descripciones y horarios de apertura, añadiendo y eliminando cantidad de información, esmerándome por crear el equilibrio adecuado, deseosa de sacar el máximo partido al tiempo del que dispondríamos. El museo había sido recomendación de una amiga. Ocupaba una parte de una amplia vivienda de antes de la guerra construida por un famoso escultor. Yo había leído mucho en internet sobre la casa y estaba ansiosa por verla. Miré otra vez el móvil y dije que si girábamos justo donde nos encontrábamos desembocaríamos enseguida en la calle del museo. Mientras caminábamos, le expliqué a mi madre una pequeña parte de lo que cabía esperar, procurando no revelar demasiados detalles, para dejar lugar al descubrimiento.

De camino, pasamos junto a la verja de un colegio donde unos niños disfrutaban del recreo matinal. Llevaban sombreritos de colores que tal vez evidenciaran su edad o su curso, y jugaban sonora y libremente. El patio del colegio estaba limpio y el equipamiento para juegos muy cuidado, y varios maestros vigilaban con parsimonia. Me acordé, y me pregunté si mi madre también, de la escuela católica en la que nos matriculó, no precisamente por la calidad de la educación sino por las faldas plisadas de cuadros escoceses y las biblias azules y experiencias afines, por todas las cosas que le habían enseñado a pensar y desear para sí misma. Al cabo de varios años en ese centro, tanto mi hermana como yo recibimos sendas becas y nos quedamos hasta que terminamos la secundaria, nos graduamos y entramos en la universidad: mi hermana para estudiar Medicina, y yo, Literatura inglesa.

En la entrada del museo había una casetita donde se podía enganchar el paraguas, presumiblemente para no dejar un reguero de lluvia por toda la casa antigua. Cogí el de mi madre, lo sacudí un poco, lo puse junto al mío y me guardé las llavecitas en el bolsillo para recogerlos luego. Dentro, una vez pasadas las puertas correderas, había un espacio reservado para que los visitantes se descalzaran, con dos taburetes de madera y varias cestas llenas de pantuflas marrones. Mientras forcejeaba con mis botas, me fijé en que mi madre se quitaba las suyas sin dificultad, como si llevara toda la vida viviendo en Japón, y las colocaba formando una pulcra pareja una junto a la otra,

con la puntera hacia la calle, porque en esa dirección emprendería después la salida. Debajo llevaba unos calcetines blancos con las plantas impolutas, como nieve recién caída. De pequeñas, nosotras también nos quitábamos los zapatos en el umbral de nuestra puerta. Todavía me acordaba del asombro de ir un día a casa de una amiga después de clase y que nos dejaran corretear descalzas por el jardín. La madre activó los aspersores y al principio la tierra dura dolía, pero enseguida se humedeció y reblandeció, con la hierba calentita por el sol.

Me puse unas pantuflas y me acerqué a la taquilla a pagar. La taquillera cogió mis billetes y me dio el cambio en monedas, además de dos entradas y dos folletos impresos en un bonito papel blanco. Explicó que en aquel momento había dos exposiciones: piezas de China y la península de Corea en la planta baja, y arriba otra de tejidos y prendas textiles de una artista famosa. Le di las gracias y me llevé los folletos, y me di la vuelta emocionada para referírselo todo a mi madre, pensando en su esmerada vestimenta y en cómo siempre había arreglado y reajustado toda nuestra ropa cuando éramos pequeñas. Sugerí que visitáramos las exposiciones cada una a su aire, para detenernos el tiempo que nos apeteciera, o no, en ciertas obras. Pero, añadí, en todo momento estando pendientes la una de la otra y sin separarnos demasiado. Me preocupaba que volviera a pegarse a mí, dado su reciente temor en la estación, pero aquel espacio y sus cómodos límites parecían apaciguarla, y muy diligente se metió en la siguiente sala con el folleto abierto entre las manos, como si se dispusiera a leerlo.

El museo estaba organizado en dos niveles. Era fresco y silencioso, con suelos irregulares de madera y anchas vigas oscuras; aún se vislumbraba la casa antigua que el edificio había sido en otro tiempo. Las escaleras eran bajas y pequeñas, porque en otro tiempo las personas eran bajas y pequeñas, y crujían y estaban combadas por el centro, donde muchos miles de pies las habían pulido y alisado. Por las ventanas entraba una luz tenue, lechosa, como a través de un biombo de papel. Escogí una sala al azar, doblando por la mitad el folleto y guardándomelo en el bolsillo del abrigo. De alguna forma quería llegar inocente a las piezas, saber poco acerca de su origen o procedencia, verlas simplemente tal como eran. Había varias vasijas y ánforas expuestas en armarios acristalados, con cartelas escritas a mano que especificaban el periodo en que se hicieron, y unos cuantos

caracteres más que yo no supe leer. Cada objeto era tosco pero vigoroso. Sus formas irregulares, delicadas y bastas a la vez, evidenciaban que cada uno de ellos se había hecho a mano y luego esmaltado y pintado, también a mano, de manera que antaño algo tan sencillo como el cuenco del que comías o el recipiente del que bebías no se diferenciaba en nada del arte. Pasé de sala en sala, hice una foto de un plato azul, color ágata, con unas flores blancas pintadas, probablemente lotos, y otra de un cuenco marrón tierra que por dentro era color cáscara de huevo. Durante un rato fui consciente de la presencia de mi madre detrás de mí, deteniéndose donde yo me detenía, o avanzando rápido cuando yo hacía lo propio. Pero al cabo de un rato la perdí de vista. La esperé un instante en la última sala de la planta baja para ver si reaparecía, y luego subí. Por el camino, vi una sala con un biombo plegado que daba a un tranquilo jardín con rocas y arces cuyas hojas se coloreaban de rojo.

Las piezas textiles estaban expuestas en una sala alargada, de tal forma que podías verlas todas al mismo tiempo o una por una. Había varias pequeñas, pero otras eran tan amplias que los faldones caían por el suelo como agua congelada y era imposible imaginarlas puestas o colgadas en cualquier otro espacio que no fuera ese. Los estampados eran primitivos y a la vez gráciles, tan bonitos como las vestimentas de los cuentos folclóricos. Mirar la translucidez de los tintes superpuestos me recordó a mirar hacia arriba y ver a través de un dosel de hojas. Me hacían pensar en las estaciones, y sus hilos desnudos, visibles, en algo agradable y sincero ya caído en el olvido, algo que ahora solo podíamos mirar pero ya no vivir. Me sentí a un tiempo cautivada por su belleza y afligida por este vago pensamiento. Desfilé varias veces por delante de las piezas y esperé a mi madre en la sala. Al ver que no aparecía, me aventuré a explorar el resto de la casa yo sola, hasta que al final la encontré esperándome fuera, sentada en el banco de piedra junto a la casetita donde yo había enganchado nuestros paraguas.

Le pregunté si había visto los tejidos y me dijo que había visto un poco pero que se había cansado y por eso me esperaba allí.

Por algún motivo, me apetecía hablar un poco más de aquella sala y de lo que yo había sentido en ella, esa extraña ilusión. ¿No parecía increíble, quise decir, que hubiera existido gente capaz de observar el mundo —hojas, árboles, ríos, hierba— y ver sus motivos, y más increíble aún que hubieran sido capaces de desentrañar la esencia de

esos mismos motivos y trasladarlos a un tejido? Pero descubrí que no podía. Dije en cambio que una de las salas del piso de arriba, la que daba al jardín y a los árboles de más allá, estaba concebida para la contemplación. Podías abrir la hoja corredera de la ventana y sentarte frente al estrecho escritorio y observar las rocas o los árboles o el cielo. Quizá no esté mal, dije, parar de vez en cuando y meditar acerca de las cosas que han pasado, quizá pensar en la tristeza puede acabar haciéndote feliz.

Esa noche fuimos a un restaurante, en una callecita diminuta cerca de las vías del tren. Escogí una ruta que bordeaba el canal, y que pensé sería agradable a esa hora de la tarde. Los edificios de alrededor eran oscuros, y los árboles, oscuros y mudos. En las tapias inclinadas del canal crecían plantas, trepando hacia abajo, y el agua ofrecía una impresión temblorosa y delicada del mundo que había por encima. Los restaurantes y los cafés de la calle habían encendido unas luces tenues, débiles, como farolillos. Aunque nos encontrábamos en el corazón de la ciudad, era como pasear por un pueblo. Esta era una de las experiencias que más me gustaban de Japón, y, como tantas otras cosas, se encontraba a medio camino entre el tópico y la verdad. Qué bonito, dije, y mi madre sonrió, pero me resultó imposible distinguir si estaba de acuerdo.

El restaurante se ubicaba en la parte de arriba de un edificio de dos plantas, con unas escaleras tan empinadas y estrechas que subirlas fue casi como encaramarse a una escalerilla de mano. Nos condujeron a un banco ante un mostrador de madera, junto a una ventana estrecha que daba a la calle, donde, advertí, de nuevo había empezado a llover. Como mi madre no comía cosas vivas, pedimos con cuidado. Leí lo que pude de la carta, pero casi todo el rato necesitaba su ayuda con unos caracteres que no comprendía o había olvidado, hasta que juntas conseguimos dar con los platos correctos. Percibí su alivio al poder ser de alguna ayuda, por fin.

Mi madre miró por la ventana y dijo que otra vez estaba lloviendo. Yo también miré, como si me fijara por primera vez, y dije que sí, que llovía. Dijo que aunque estábamos en octubre no tenía frío, que aquí el clima parecía más suave, que con una chaqueta fina le bastaba. Preguntó si llovería al día siguiente y yo dije que no lo sabía, pero entonces saqué el teléfono para consultarlo y anuncié que el día

siguiente estaría despejado, aunque volvería a mirarlo cuando regresáramos al hotel. Ella dijo que la semana anterior se había sentido rara y había temido ponerse mala para el viaje, pero que había descansado y comido en condiciones y ahora se encontraba bien, y ni siquiera muy cansada. Le pregunté qué le había parecido el día y ella dijo que había sido muy agradable. Entonces agarró el bolso y sacó un librito. Explicó que lo había encontrado en una tienda cerca de su casa y que describía la naturaleza de tu carácter a partir de tu fecha de nacimiento. Pasó las páginas hasta el mes que le interesaba y leyó en voz alta la mía.

Las personas nacidas el mismo día que tú, dijo, son idealistas en su juventud. Para ser verdaderamente libres necesitan asumir la imposibilidad de sus sueños, y por ende hacer una cura de humildad, solo entonces serán felices. Les agradan la paz, el orden y los objetos bonitos, pero pueden vivir por completo en su mundo mental.

Leyó también su signo, y luego el de mi hermana, de quien dijo que era leal y una trabajadora incansable, pero también que se enojaba fácilmente y podía guardar rencor durante mucho tiempo. Entonces leyó el apartado de las compatibilidades, comparando en primer lugar a sus dos hijas entre ellas, y después a cada una de ellas consigo misma.

Pensé que algunas observaciones eran ciertas y otras no, pero la pura verdad era que esa clase de cosas daban pie a que alguien hablase de ti, o de lo que habías hecho, o de tus motivos, de un modo que desenmarañaba tu carácter en diversos rasgos. Te hacía parecer legible a sus ojos, o a los tuyos, algo que podía percibirse como revelación. Pero ¿quién es capaz de asegurar cómo actuaría otra persona en un momento dado, por no hablar de los rincones ocultos del alma, donde podría existir de todo? Quise seguir hablando de esto, aunque solo fuera para elaborar un poco más la idea, para acotarla para mi propio uso y disfrute, pero también sabía que mi madre necesitaba, y quería, creer en cosas así: que mi hermana era generosa y se sentía mejor en compañía de los demás, que yo debía tener cuidado con el dinero en mayo, de modo que no dije nada.

La comida llegó en dos bandejas, con un cuenco de arroz blanco cerca del centro y varios platitos más pequeños con verdura y acompañamientos a ambos lados entre los que elegir diversos sabores y texturas. Mi madre hizo un escueto comentario acerca de cada uno, en apariencia complacida con nuestro esfuerzo conjunto. Su forma de

usar los palillos para trasladar la comida de un plato a otro, sosteniéndolos con los dedos de modo que los extremos jamás se cruzaban, siempre me había parecido muy elegante. Yo los agarraba mal, los clavaba y cruzaba, y cada vez que intentaba emular su estilo fracasaba y acababa tirándolo todo.

Mientras comíamos, le pregunté otra vez si había algo concreto que le apeteciera ver ya que estábamos allí, algún jardín, templo o monumento en especial. Ella agitó una mano en el aire y dijo que todo le parecía bien. Dijo que había echado un vistazo a una guía de viajes antes de venir pero que había decidido no comprarla. En la portada salía una foto de unas puertas rojo encendido. Le dije que estas puertas estaban en Kioto, y que si le interesaban podríamos verlas, ya que acabaríamos el viaje allí.

Yo terminé primero, crucé los palillos sobre el borde de mi cuenco y esperé. Afuera, las vías del tren, oscuras y silenciosas, partían en dos la carretera igual que un río. Hombres y mujeres volvían a sus casas en bici, guiando con una mano y sosteniendo paraguas transparentes con la otra. De vez en cuando, alguien paraba para comprar algo en el colmado de enfrente, cuyos escaparates estaban intensamente iluminados y abarrotados de marcas cuyos coloridos envases yo ya empezaba a reconocer. Pensé en lo vagamente familiar que me resultaba la escena, sobre todo con los aromas del restaurante alrededor, pero de un modo extraño, porque no me evocaba mi infancia sino la de mi madre, en otro país. Y sin embargo algo tenía aquella sensación subtropical, el olor del vapor y el té y la lluvia. Me recordaba a sus fotografías, o a las series de televisión que veíamos juntas cuando yo todavía era pequeña. O tal vez fuera como los caramelos que solía comprarme, que sin duda eran los mismos caramelos que su madre solía comprarle a ella. Era extraño percibir esa familiaridad y a la vez esa distinción. Me pregunté cómo podía sentirme tan a gusto en un lugar que no era mío.

Mi madre apartó el cuenco y se disculpó, diciendo que era incapaz de terminárselo todo. Le dije que no pasaba nada y trasladé los restos de su arroz al mío, a pesar de que no tenía hambre. En el fondo de los cuencos, que eran de cerámica, el esmalte se había acumulado y secado formando un circulito. Parecía un líquido, un estanque azul, pero cuando inclinabas el cuenco hacia un lado, no se movía.

Había escogido un hotel en uno de los distritos más concurridos de la ciudad, con la estación a un lado y vistas a un famoso parque al otro. En el momento lo hice pensando no solo en la conveniencia sino en el confort, incluso en el lujo. Aunque ya no tenía tan clara mi decisión. El hotel era del montón, de algún modo siempre transitorio, con el mismo mobiliario pesado que encontrabas en hoteles del mundo entero. Se suponía que proporcionaba confort solo porque nada destacaba ni suponía una amenaza. Los pasillos eran tan idénticos que me confundía constantemente para llegar a nuestra habitación, desorientada. Mientras mi madre se daba una ducha, me senté en una de las camas individuales y llamé a mi hermana. Había un ventanal inmenso en un extremo de la habitación, con una repisa ancha y fría y gruesas cortinas sedosas, así como un visillo de gasa para cuando querías ver, o entrever, el centelleante exterior. Descorrí ambas mientras hablaba por teléfono y me quedé mirando los pilotos rojos que brillaban en lo alto de los rascacielos, y una estructura altísima que pensé sería la Torre de Tokio.

Mi hermana contestó, nos saludamos y le pregunté qué tal. Me contó que su hija llevaba tres días usando el mismo vestido. Solo se lo quitaba para bañarse, pero hasta dormía con él. Me contó que antes de que nuestra madre saliera hacia Japón había cuidado de los niños una mañana en unos grandes almacenes mientras ella hacía unos recados. Allí, su hija había insistido en comprar el vestido, y cuando nuestra madre había expresado sus reticencias, la niña había tenido su primer berrinche público. Nuestra madre, presa del pánico, había cedido y pagado. El vestido, contaba mi hermana, era tan feo como caro, pero su hija había visto algo en él, algo vinculado con un sentimiento muy profundo que la niña todavía no era lo bastante mayor para expresar. Además, le quedaba corto, y mi hermana había tenido que coserle en el dobladillo una tira de encaje que le había sobrado de otra cosa, aunque sabía que también así se le quedaría pequeño enseguida. Ahora, sus dos criaturas jugaban en el jardín mientras el vestido, que era de un color trigo claro, se ponía más y más cochambroso cada día.

Mi hermana también había sido proclive de niña a las rabietas. Se lo comenté y ella dijo que sí, que se acordaba, aunque apenas si había pensado en ello hasta el episodio de su hija. Yo la recordaba haciendo añicos una varita de cristal contra la pared de ladrillo de nuestra casa. La varita tenía dentro agua y purpurina, de modo que el contenido se movía mágicamente de un extremo al otro dependiendo del ángulo

que le dieras. Era un objeto valioso para las dos, y ni ella ni yo recordábamos por qué lo había roto, solo nuestra desolación una vez cometida la trastada. Le pregunté a mi hermana si se acordaba del porqué de su ira y me dijo que no, que en absoluto. Dijo que con los años la ira se había desvanecido, y que ahora, curiosamente, tenía fama de persona tranquila y equilibrada, sobre todo en el trabajo, donde solían elogiarla por sus aptitudes. Pero ver a su hija fue como recordar los detalles de un sueño remoto; tal vez, en algún momento de su vida, había habido agravios dignos de gritos y lágrimas, una verdad más profunda, o incluso un pavor que todo el mundo negaba sistemáticamente a tu alrededor, de modo que tú solo conseguías enfurecerte más y más. Y sin embargo, ahora mi hermana no era capaz de aprehender ese sentimiento, solo su recuerdo, o ni siquiera, algo aún más remoto. La única opción que le quedaba, dijo, era dejar que su hija llevara puesto el mismo vestido durante días, coserle un dobladillo nuevo, prepararle un plato caliente para cenar, observarla con imperfecta comprensión, y darle un consuelo de todo modo insuficiente.

Preguntó cómo iba el viaje, con voz de cansancio. Yo sabía que también estaba estudiando para la ronda final de exámenes de Medicina, los que la ayudarían a especializarse, y cuyos conocimientos y tecnicidad yo no podía ni imaginar. Dije que no sabía. No tenía claro si nuestra madre estaba allí conmigo porque quería o si lo hacía por mí.

Durante la cena, mi madre me había preguntado por mi vida. Yo le había dicho que Laurie y yo dudábamos si tener hijos o no. Mi madre dijo que deberíamos, que los hijos eran algo bueno. En el momento, me había mostrado de acuerdo. Pero lo que realmente quería decir era que lo hablábamos con frecuencia, mientras preparábamos la cena o nos acercábamos a alguna tienda o hacíamos café. Debatíamos una y otra vez cada pro y contra, añadiendo cada uno detalles minuciosos y realistas, o repasando cientos de posibilidades diversas, como una pareja de físicos enfrascada en infinitas conjeturas. ¿Cómo de mal lo pasaríamos cuando los dos estuviéramos agotados y faltos de sueño? ¿Cómo entraría el dinero en casa? ¿Cómo sentirnos realizados y al mismo tiempo volcarnos por completo en el cuidado de otra persona? Preguntábamos a nuestras amistades, todas ellas francas y sinceras. Algunos afirmaban que se podía salir adelante, sobre todo a medida que los niños se hacían mayores. Otros decían que todos los puntos

débiles de nuestra relación quedarían al descubierto. Otros, que era una experiencia de pura euforia, siempre y cuando te rindieras a ella. Y sin embargo, en el fondo, aquellas meditadas ofrendas no significaban nada, porque en última instancia era imposible comparar una vida con otra, y en definitiva siempre acabábamos en el punto de partida. Me pregunté si mi madre se habría hecho alguna vez tales preguntas, si se habría permitido ese lujo. Yo nunca había deseado especialmente tener hijos, pero por lo que fuera ahora contemplaba esa posibilidad, tan encantadora y escurridiza como un poema. Otra parte de mí se preguntaba si tenía algo de malo no saber, no estar segura. En cierto sentido podía dejar que la vida siguiera su curso, y tal vez esa fuera la verdad más profunda de todas, que no controlamos nada ni a nadie, aunque en realidad eso tampoco lo sabía.

Mi madre había dicho que quería comprarles algo a los hijos de mi hermana, así que al día siguiente fuimos a unos grandes almacenes inmensos donde ella dedicó un buen rato a peinar minuciosamente los pasillos. En la sección infantil dudó entre una camisa gris y otra azul, entre una mochila grande y otra pequeña. Me las mostró como si yo fuese un espejo y preguntó qué me parecían. Dije que me gustaban la camisa azul y la mochila grande, aunque sabía que en realidad era imposible predecir lo que preferirían los hijos de mi hermana, dado que sus objetos y posesiones favoritas cambiaban de manera constante e impredecible, como si se guiasen por otras leyes que nosotras no comprendíamos. Lo que una semana era valiosísimo y totalmente necesario se desechaba a la siguiente, y viceversa, lo que había sido desechado de pronto se transformaba en objeto de predilección. En caja, la dependienta hizo un envoltorio muy bonito para los regalos con papel de seda de colores pastel, sendas cajas y cintas finas y delicadas. Advertí que mi madre estaba encantada, si bien yo sospechaba que mis sobrinos no tendrían paciencia para bregar con tantas capas y seguramente las destrozarían.

La noche anterior habíamos vuelto a la estación por las callecitas que seguían la curva de la línea ferroviaria. El pavimento estaba oscurecido, la noche era densa, como un sotobosque, pero por el camino vimos varias tiendas todavía abiertas, sus luces brillando como la luz de una casa en medio de un valle, vista desde lejos. La clientela dejaba las bicicletas fuera, y de una marquesina de madera colgaban

un par de farolillos de papel rojo. Le dije a mi madre que había una librería muy buena por el camino, que yo sabía que abría hasta tarde, y en la que quería entrar. Ya había estado con Laurie. Su padre era escultor y lo que yo sabía de arte lo había aprendido sobre todo a través de Laurie, aunque, en comparación con él, todavía sabía muy poco. En mi primera visita a la librería nos habíamos quedado asombrados al descubrir una colección muy bonita de libros de arte de segunda mano, tanto en inglés como en japonés.

Reconocí el edificio y empujé la puerta, que emitió un sonido de campanilla. Dentro reinaba la misma tranquilidad y el mismo silencio que en una biblioteca. Sonaba una pieza de piano, y al cabo de un momento reconocí unos pocos compases. Era la misma pieza que había oído de estudiante, al pasar una tarde por la escuela de música de la universidad, durante uno de esos momentos solitarios, levemente abstractos, en los que un fragmento musical puede resultar particularmente bonito. Encima del mostrador había un globo terráqueo blanco como la leche cuyo fulgor transmitía la misma impresión que un cirio. Deambulé entre las estanterías, fijándome en los títulos. En una sección sobre pintores de la parte del fondo encontré un catálogo de gran formato en tapa dura sobre paisajes, con un capítulo dedicado a una serie de cuadros que recordaba haber visto cuando estudiaba. En aquel entonces pensé que los cuadros eran bocetos hechos con acuarela o tiza. Era porque los artistas habían dado una vaguísima impresión de montañas y playas, senderos y acantilados y lagos, de modo que todo parecía amorfo, o espectral, sacado tal vez de un recuerdo o de un sueño. Era como si el artista hubiera hecho un manchurrón en el papel solo con los dedos, o como si hubiera sumergido los cuadros en agua poco después de acabarlos, dejando únicamente parches emborronados de color y tinta. Hasta mucho más tarde no descubrí que el artista era mucho más conocido a escala mundial por sus otras pinturas —de bailarinas, o de mujeres en el baño—. Descubrí también que los paisajes no estaban hechos solo con pintura, sino mediante un tipo de impresión con óleos y placas y papel, a veces acabados con pastel, y eran esas impresiones secundarias o terciarias las que les conferían su carácter descuidado, como algo entrevisto desde la ventanilla de un tren a toda velocidad y luego recordado. Llamé a mi madre para enseñárselo y explicarle el método de creación, para que ella no cometiera el mismo error que había cometido yo. Encontré otros libros y le enseñé unas cuantas

obras más que yo admiraba y creí que le gustarían, esculturas y grabados que pretendían capturar la esencia de la vida, nacimiento, esperanza o desesperación. De cada una explicaba el contexto, la intención, y algo acerca de las circunstancias en que fueron creadas. Le pregunté si quería que le regalase algo de la tienda. Dijo que no hacía falta, que no sabía qué elegir. Le dije que podía ser cualquier cosa, que lo único que tenía que hacer era escoger lo que más le llamara la atención, pero vi que dudaba incluso en tocar los libros, y se limitó a señalar uno, aparentemente al azar, y dijo este, en tono de pregunta. Al final elegí yo por ella, un libro delgado sobre historia del arte escrito por un inglés. La mujer de la caja tenía más o menos mi edad, y mientras nos cobraba me hizo varias preguntas sobre mi compra y luego sobre mí. Le expliqué de dónde éramos, y que estaba haciendo turismo con mi madre. Hablamos un poco sobre el artista y me contó que ella había estudiado en Londres, y que estando allí había viajado a Marruecos y a Bután. Nos deseó lo mejor y me entregó el libro dentro de una bolsa de papel atada con un cordel rojo, que yo recogí y le di a mi madre.

Cuando salimos de los grandes almacenes, cogimos el tren a uno de los distritos financieros del centro de la ciudad para visitar una galería ubicada en el quincuagésimo tercer piso de una torre de cincuenta y cuatro plantas. El edificio se alzaba en una extensa colina y al parecer el exterior, verdiazul y reflectante, estaba diseñado a imagen de la armadura de los samuráis. Desde arriba se veía todo Tokio. Las paredes eran de acero y cristal, y más allá de nosotras la ciudad irradiaba luz: menuda y lunar y, bajo ciertas luces violáceas, blanca tiza. Una vez dentro de la galería, nos condujeron hacia una cola pequeña y nos pidieron que nos descalzáramos y esperáramos. Cada veinte minutos o así dejaban pasar grupos de diez o doce personas a lo que parecía una sala oscura y silenciosa. Una azafata se acercó y nos mostró un croquis de la sala prendido de una carpeta con sujetapapeles y nos explicó que dentro estaríamos completamente a oscuras pero que podríamos orientarnos a tientas, tocando las paredes. Llegaríamos a unos bancos, donde podríamos sentarnos. Cuando llegó nuestro turno, seguimos las instrucciones de la mujer. Yo no veía absolutamente nada frente a mí, ni siquiera un contorno. De algún modo, la negrura envolvente de la habitación nos volvió a todos

mudos, de un modo tan anticipatorio como ligeramente insoportable. Pensé en mi hermana, que seguramente estaría trabajando en su planta en aquel momento. A mi lado, dos turistas franceses soltaron una carcajada, incapaces de aguantar más. Entonces, un pequeño cuadrado de luz anaranjada empezó a perfilarse a lo lejos. Era tan tenue como el amanecer y, al igual que con el amanecer, tuvimos que esperar mucho rato hasta que pudimos verlo del todo. Al final se hizo más grande, y más luminoso, pero tan despacio que resultaba imposible advertir los cambios. Al mismo tiempo, al ser el único elemento visible en la sala, no podíamos evitar mirar fijamente hacia la luz con intensa concentración. Al cabo de un rato largo nos explicaron que podíamos ponernos de pie y acercarnos. Avancé despacio. Mis ojos todavía estaban acostumbrándose, y ahora veía la sala de un color azul profundo e impenetrable, como el azul de la noche, y de pronto me costó confiar en lo que veía ante mí. El suelo parecía estar al mismo nivel que mi cara. A medida que me acercaba, comprobé que la luz no procedía de una pantalla, como creía, sino de un hueco perfectamente cuadrado abierto en la pared, otra cosa que yo no había advertido.

En el café de la galería localizamos una mesa para dos pegada a la ventana y pedí dos «pastelitos imagen», inspirados en la exposición, y dos tés verdes. Mientras merendábamos, le pregunté a mi madre qué le había parecido la obra que acabábamos de ver y ella me miró presa de un pavor fugaz, como si le exigieran la respuesta a una pregunta que no comprendía. Dije que no pasaba nada, que no tuviera reparo en contestar con sinceridad, en expresar su verdadera opinión. Dije que si todavía le quedaban fuerzas había otra galería que me apetecía ver con ella, cerca, a unas cuantas estaciones de distancia. En realidad, la galería estaba un poco más lejos de lo que di a entender. Era evidente que mi madre estaba cansada. Solo tenía que decirle que no se preocupara, que ese día ya habíamos visto suficiente y podíamos volver al hotel a descansar. Pero por alguna razón dejé la pregunta suspendida en el aire, y hacerlo fue como ejercer una presión firme pero delicada. Al cabo de un momento asintió, asentí yo también, y recogimos nuestras bandejas.

La exposición consistía en una selección de obras de Monet y varios impresionistas más. El edificio era muy reducido y estaba mal iluminado, y muchos cuadros colgaban en marcos recargados, elaborados. Aun así, cada obra contenía un mundo en sí mismo, de

ciudades y puertos, de amaneceres y atardeceres, de árboles y caminillos y jardines y una luz siempre cambiante. Cada pintura mostraba el mundo no tal como era sino una versión de como podía ser, insinuaciones y sueños mejores que la realidad, como siempre, y por tanto infinitamente fascinantes. Me detuve con mi madre delante de uno de los cuadros principales de la exposición y dije que creía que lo entendía.

Poco antes me había preguntado por un libro que yo estaba leyendo, y le expliqué que era una reinterpretación moderna de un mito griego. Dije que durante mucho tiempo me habían encantado esas historias. En parte porque poseían un carácter metafórico imperecedero que podía utilizarse para hablar de casi cualquier cosa en esta vida: el amor, la muerte, la belleza, la aflicción, el destino, las guerras, la violencia, la familia, las promesas, los entierros. Dije que era casi como la forma en que los pintores habían usado la cámara oscura en otra época: al observar indirectamente el objeto en el que deseaban concentrarse, a veces lograban verlo incluso con más claridad que con sus propios ojos. Dije que estudié aquellos textos durante un año universitario. En una de las primeras clases apartamos los pupitres y colocamos las sillas formando un semicírculo irregular para escuchar a la catedrática hablar de la guerra de Troya. Dije que, en comparación con la severidad del colegio católico donde habíamos estudiado, por cuyas plazas ella había luchado encarnizadamente y en el que no se podía llevar ni un botón de la camisa desabrochado ni el pelo por encima de la barbilla, aquel mero gesto me había parecido revolucionario. La catedrática dedicó todo el semestre a hablarnos de los griegos, del hecho de que algunas de sus mejores obras teatrales versaban en realidad sobre su sentimiento de culpa como sociedad esclavista, en la que las mujeres también vivían silenciadas, y muy especialmente sobre su sentimiento de culpa por lo que habían hecho en Troya. A tal extremo llegaba el remordimiento que tomaron el incidente, que podría haber caído en el olvido de la historia, y lo usaron para crear una de sus manifestaciones artísticas más duraderas y trágicas. Nos contó que entonces, casi como ahora, buena parte de su literatura y su política se basaba en las normas sagradas de la hospitalidad. En primer lugar, los troyanos violaron dicha norma al raptar a Helena, y después los propios griegos devolvieron el golpe con el regalo mortífero del caballo de madera, así como todas las demás vulneraciones que tienen lugar a lo largo de sus historias. Decía

que esos sentimientos estaban aún muy vivos en nosotros hoy en día. Luego, nos habló de su infancia, en la que su madre había llevado un cómputo tácito de todo lo que daba y recibía, no solo entre amigos sino entre los propios miembros de la familia. Rememoró los regalos perfectos que su madre llevaba consigo cada vez que visitaba casas ajenas, una formalidad que ella, de adolescente, había juzgado insoportable, al igual que los comentarios que su madre hacía siempre acerca de cualquier regalo que le hicieran a cambio, sopesándolo como la justicia con una balanza invisible. Siendo ella niña, vivían en una casa inmensa y recibían las visitas de muchos invitados y parientes, y sin embargo nada se hacía sin ese cómputo, del que nunca nadie hablaba, y de adulta le había costado un gran esfuerzo erradicar los cálculos similares que hacía mentalmente.

Aquel año yo estaba ávida de todo lo que contaba aquella catedrática, de cualquier libro y obra teatral que saliera a colación en su clase. Me fascinaba que los personajes hablaran a través de monólogos extensos y figurativos, dando voz plena a su cólera y su dolor, con una precisión imposible en cualquier discurso real. Por lo demás, me sorprendió descubrir que varios compañeros de clase ya habían leído esos textos y estaban familiarizados con sus teorías e interpretaciones. Para ellos, la catedrática no encarnaba una revelación, simplemente repetía ideas ya muy trilladas. Y no solo eso, parecían conocer muchas cosas más: películas, libros, obras dramáticas y artistas cuyos nombres dejaban caer en las conversaciones con un desparpajo síntoma de algo. Cuando una chica de mi clase habló de cierta película relacionada con Antígona, lo hizo con aplomo y naturalidad, repasando la sala con la mirada como para comprobar quién más reconocía el título. Cuando sus ojos se posaron en mí, agaché la cabeza al instante. ¿Cómo podían conocer a toda esa gente, todas esas obras? ¿Cómo habían hecho para leer y ver tanto solo en las primeras semanas del semestre? La chica sabía una barbaridad sin esfuerzo aparente, y parecía realizada, definida en un sentido en el que yo no lo estaba.

La catedrática había hablado del conocimiento como elixir y le dije a mi madre que yo también creía en ello. En la escuela católica, tanto mi hermana como yo habíamos hincado los codos. Si había algo que yo no sabía, sencillamente leía y releía todo lo que podía hasta que ningún aspecto del tema encarnara un misterio para mí. En ese sentido, yo era como una corredora de maratón, hecha únicamente de

voluntad y tesón. En el colegio había obrado así reiteradamente, y había funcionado. Allí lo había entendido todo, y todo lo había aprobado con sobresaliente. En aquella clase intenté hacer lo mismo. Leí todas las obras, luego los ensayos sobre las obras, luego los libros sobre estos últimos. Vi pelis y leí sobre artistas, directores y poetas. Cada vez era como viajar a la velocidad de la luz, como si me hubiera pasado la vida viviendo en una dimensión hasta que el tejido se había rasgado y me había mostrado un universo completamente nuevo. Cada vez que terminaba un texto sentía que había alcanzado el límite, pero la situación se repetía una y otra vez, un desgarrón en mis pensamientos, una caída libre a un espacio inmenso y desconocido, donde el aire corría y mis sentidos se saturaban. Era como si aquel conocimiento fuera realmente un elixir, una droga. Y sin embargo algo se me escapaba. Al final de ese curso, había escrito muchas palabras sobre esos textos, y los conocía tan bien como el que más. Yo también los nombraba en conversaciones, yo también podía ostentar seguridad, mis pensamientos me parecían rápidos y enjundiosos. Y a pesar de todo sentía que había algo más, algo fundamental que no comprendía.

Al acabar el curso, la catedrática anunció que daría una fiesta en su casa para algunos colegas y otros alumnos. Dijo que asistirían sus hijos, y que nosotros también estábamos invitados. Yo me había prendado de la catedrática, de su forma de hablar, de sus conocimientos, de sus gestos. Parecía no establecer un límite entre lo académico y lo personal, y con frecuencia nos decía cosas en clase que a mí, con mi bagaje católico, me resultaban tan chocantes como cautivadoras. Un día declaró nada más llegar que la casa de su padre se había inundado ese fin de semana a consecuencia de una terrible tormenta. Lo habían perdido todo. Habían vadeado entre los pecios para rescatar lo que encontraran, libros, recuerdos de familia, álbumes de fotos. Ella había acogido en su casa a su padre y su pareja como si fuesen refugiados, pidiendo ropa blanca y de vestir a los amigos. Su semblante evidenciaba la pérdida. No hizo amago de ocultar su pena, que debía de ser también la pena de su padre, y esto me sorprendió, el hecho de que no tratase de disimularla, que el drama no la avergonzara, como habría sucedido en mi familia, sino que se instalaba en él con rabia y tristeza, como si fuese la piel de un animal grandioso recién asesinado. Yo estaba deseosa de complacerla, de ganarme su aprobación. Hincaba los codos, y cuando escribía las disertaciones no pensaba solo en sacar buena nota, sino que intentaba

añadir un extra de profundidad e inflexión pensando en ella. Al mismo tiempo, me preocupaba que mi franqueza resultara excesiva y, lejos de impresionarla, le resultara antipática, así que al mismo tiempo conservaba una fachada serena y comedida, que descubrí también me convenía.

No sabía si alguien más iría a la fiesta de la catedrática. Arrastré a mi hermana de tiendas por nuestro barrio para encontrar algo que ponerme. A esas alturas ya sabía que no hay que ponerse un vestido para una ocasión así, al menos no la clase de vestido que antes me ponía para las fiestas. No, el toque especial radicaba en llevar algo tan informal como instintivo, que resultara llamativo pero fundamentalmente espontáneo. Al final me decidí por unos vaqueros y una camiseta de punto rojo vivo. Me recogí el pelo en un moño suelto y llevé una botella de vino comprada en la tienda de mi calle.

La catedrática vivía en un barrio del extrarradio, cerca de la universidad. La casa era más grande de lo que esperaba y estaba rodeada de una tapia alta de hormigón recubierta de hiedra. Al otro lado se extendía un jardín amplio y bonito con adoquines de ladrillo antiguo y tres olivos. En el centro del jardín había una mesa de madera grande y maciza, abarrotada de comida y bebida, como en los banquetes y festines sobre los que habíamos leído y estudiado en las obras de aquel año. Un perro, bonito y rojizo, correteaba por allí todo feliz, revolcándose por la hierba verdísima y bien regada. Me quedé un rato plantada, observando, en medio de algo fuerte y fragante, hasta que advertí que me había metido en un pequeño huerto de frutales del que colgaban farolillos de papel. Al fin vi a la catedrática y le di el vino y ella me dio dos besos en las mejillas. Me fijé en las demás botellas de la mesa y me di cuenta de que me había equivocado con el vino, que en vez de algo acorde con el entorno había escogido un subproducto ridículo, dulzón y pueril. Pero a la catedrática no pareció importarle. Me fijé en que llevaba unos pendientes increíblemente bonitos, largos y multicolores, que le enmarcaban el rostro igual que un tocado. No pude evitar decírselo y ella sonrió y señaló hacia donde estaban sentados mis compañeros de clase. Sentí alivio al verlos y me deslicé rápidamente en su círculo, diciendo, presa del entusiasmo, que aquello era exactamente igual que una escena de una película de la que todos habíamos hablado. Por aquel entonces anhelaba que cada momento fuese relevante; me había vuelto adicta a desgarrar mis pensamientos, a aquella rasgadura en el tejido de la

atmósfera. Si nada parecía avanzar hacia ese efecto, me impacientaba, me aburría. Mucho más tarde me di cuenta de lo insoportable que es vivir así: la necesidad de que cada segundo fuese intenso, de buscar un significado para absolutamente todo. Y sin embargo todos mis compañeros de la época parecían ser así. Conversar era una especie de combate de judo, un ejercicio en movimiento constante. Experimentaba una pequeña sensación de triunfo cuando era capaz de hablar con ellos sobre los libros y las películas adecuadas. Y cuando era capaz de formular un comentario original sobre ellos era como si hubiera ganado algo, una pequeña victoria. Hablábamos como si bailáramos, y bailábamos hasta el delirio. Era todo tan bonito, pensaba yo constantemente, y tal vez también lo dijera. Parecía que no terminaba de creerme que ese mundo existiera, y que de alguna manera yo hubiera logrado acceder a él.

Hacia el final de la velada, di una vuelta por el jardín y entré en la casa. Había copas de vino vacías en la mesa grande, y servilletas de papel con manchas moradas hechas bola por el suelo. El perro estaba tumbado en su rincón, con la cabeza sobre las patas. En el suelo del huerto de frutales vi corazones de manzana, algunas recién comidas, otras seguramente de días o semanas atrás. Dentro, la música había dejado de sonar pero todavía llegaba un rumor de conversaciones relajadas desde el jardín. Fui recogiendo las copas a mi paso, vaciando los posos en el césped. Había trabajado en un restaurante durante años y sabía recoger una mesa grande. Apilé los platos, puse los cubiertos y las servilletas encima del todo, y agarré las copas por el tallo, bocabajo entre los dedos. En la cocina, tiré los restos de comida a la basura y coloqué las botellas de vino vacías formando una hilera impecable. Luego, llené el fregadero con agua caliente y jabón y con mucho cuidado me puse a lavar las copas y los platos. El agua se oscureció y enturbió enseguida. El calor hizo que toda la estancia oliera a vino viejo, un olor fragante e intenso. Vacié el fregadero y lo volví a llenar de agua limpia y más jabón, y lavé lo que faltaba. Cuando terminé, puse los platos a secar en un escurridor, muy ordenados. Luego encontré un trapo limpio y sequé las copas hasta que quedaron impolutas, sin una sola marca, y las coloqué en pulcras hileras sobre la encimera. Sequé todo y colgué el trapo. Y luego cogí mi bolso y me fui.

Al día siguiente, la catedrática me mandó un email para darme las gracias por ayudar a recoger, recalcando que no hacía falta. También

me contaba que ese verano estaría fuera varias semanas y me preguntaba si querría cuidarle la casa y el perro. Yo no podía creerme mi buena estrella, visitaría de nuevo la casa, solo que esta vez sin nadie más. Llegado el momento, guardé algo de ropa limpia en un bolso de viaje y saqué de su sobre amarillo la llave que la catedrática me había entregado la semana anterior. Al llegar por la misma calle, la casa me pareció todavía más grande que la primera vez. Abrí el portón y empujé, soliviantando la hiedra que crecía en el lado interior de la tapia. El perro se me abalanzó de un salto y dejé que me olisqueara la mano un momento antes de inclinarme para acariciar su cabeza preciosa y plana. Cuando le toqué la zona suave y caliente de detrás de las orejas, el animal entrecerró los ojos, como medio hipnotizado. Dejé el bolso de viaje junto a la puerta y fui de cuarto en cuarto, asimilándolo todo. A la luz del día se apreciaba lo altos que eran los techos, cómo el sol entraba a raudales a través de ciertas ventanas e incidía en las paredes, igual que las estancias vacías de un museo de arte contemporáneo. Un frutero grande, generoso, descansaba sobre la encimera de la cocina, como si esperase ser llenado de ciruelas o manzanas o racimos de uvas. Había libros de recetas en las alacenas y utensilios inmaculados y modernos que yo no había visto jamás, cosas como un rodillo para pasta, un mortero con su maja, o una sartén poco profunda pero pesadísima con un asa ondulada en cada extremo. Muchas paredes albergaban estanterías que iban del suelo al techo, todas llenas de libros. A algunos autores los conocía de oídas pero no los había leído aún, aunque también había muchos que no me sonaban de nada. Había toda una sección dedicada a la literatura griega, y otra en francés, y caí en la cuenta de que la catedrática debía de manejarse con soltura en ambas lenguas para poder leerlas. Pensé que era una pena quedarme solo dos semanas; ojalá hubiera podido dedicar meses a leer todos aquellos libros, tal vez entonces estaría más cerca de esa cualidad indefinida que mi catedrática o mi compañera de clase parecían poseer.

Durante los días siguientes fui a un tiempo invitada y anfitriona. Paseé al perro por los senderos junto al río y por el parque, dejando que me llevara donde se le antojara, esperando a que acabara de olisquear y explorar hasta hartarse. Consultaba los libros de recetas de la generosa cocina y señalaba con marcapáginas las que me apetecía probar, anotando cuidadosamente los ingredientes en un papelito. Luego, en algún rato libre del día siguiente, me acercaba al mercado

tirando de un carrito que había encontrado en la casa y que parecía una versión mejor de los que solían verse en las tiendas de saldos cerca de donde vivíamos nosotras, esas que vendían felpudos, fregonas o baldes de colores al por mayor. Guisaba algo nuevo cada tarde siguiendo minuciosamente las instrucciones, como si de un sofisticado experimento de laboratorio se tratara, regocijándome con el peso de las contundentes sartenes y batidoras, con la forma en que la campana extractora, tan silenciosa que a veces creía que no la había encendido, absorbía el vapor del agua en ebullición tan eficazmente que parecía un truco de magia. Había muchos boles distintos en las alacenas, y muchas cuberterías distintas, pero por algún motivo yo siempre elegía los mismos utensilios, y me sentaba en el mismo taburete en un extremo de la encimera y no en la gran mesa de comedor ni en las mesitas más pequeñas que también se usaban para comer junto al porche acristalado, como si deseara que mi presencia en la casa fuera lo más discreta posible. A veces me servía una copa de vino y bajaba la intensidad de las luces, o ponía un disco y subía el volumen de tal manera que la música llenaba toda la casa. Si hacía bueno, abría las ventanas y en esas noches el aroma de las lilas que crecían junto a la cerca entraba desde el jardín, mezclándose con la música y con mi sencilla y solitaria cena.

Sin perder de vista en ningún momento el papel de invitada, procuraba no husmear en los armarios ni abrir nada íntimo, pero dejaba vagar la mirada libremente por las superficies de toda la casa, que estaba plagada de objetos y cuadros que la catedrática había traído de sus viajes. En ese sentido, la casa era como un museo, y mientras la examinaba me asaltaba la sensación de que todo estaba cuidadosamente escogido, que en cierto modo cada objeto hablaba de la catedrática, de su familia, de las decisiones que todos ellos habían tomado, y de lo que sentían como el propósito de sus vidas, aunque no habría sido capaz de determinar exactamente de qué forma.

La catedrática había dicho que podía invitar a quien quisiera, así que hacia la mitad de mi estancia les dije a mi hermana y a algunas compañeras de clase que se pasaran por allí. Preparé varios platos de los libros de recetas que ya había cocinado previamente y los saqué todos a la mesa grande de madera del jardín. Durante el almuerzo —tal vez porque hacía un día radiante y el huerto de frutales rezumaba paz, y tal vez también porque éramos todas jóvenes y bebíamos y charlábamos y nos reíamos, y porque me había recogido el pelo con

un pañuelo tan azul como el cobalto de la cerámica de Delft—, tuve de nuevo la sensación de vernos como en un fotograma de una película, o una fotografía, una sensación que llevaba aparejada otra de satisfacción y pertinencia. En la cocina encontré varios cuenquitos blancos y azules, muy parecidos a los que teníamos nosotras en casa, con un remate decorativo en el borde y lo que parecían unos granos de arroz translúcidos formando un estampado floral en los laterales. Los usé para servir el postre salado cantonés que había hecho, receta de mi madre, la única suya que había preparado durante mi estancia.

Vivir allí era generoso y cálido, y cada día que pasaba me sentía un poco más como en casa. La última noche llené la inmensa bañera con agua caliente casi hirviendo y eché unas perlas de un aceite color ámbar. Me tumbé en la bañera, con el perro echado en el suelo, y cuando el agua empezó a enfriarse abrí el grifo del agua caliente con el pie hasta que la temperatura ascendió de nuevo. Repetí la operación durante casi dos horas, hasta que el agua casi llegó al borde y amenazó con derramarse, antes de quitar el tapón a regañadientes y salir.

Luego, envié un *email* a la catedrática dándole las gracias por brindarme la oportunidad de quedarme en su casa y diciéndole que todo había ido como la seda. Me abstuve de escribir sobre el hecho de que, por agradable que hubiera sido, algo se me seguía escapando, tanto en la casa como después, una sensación que no lograba sacudirme. Cuando volví a casa, estuve desconcertada un tiempo. Recuperé mi día a día ordinario: me apunté a un curso de verano, leí más libros, escribí más disertaciones y paseaba por el campus casi vacío, donde solo quedaba un puñado de estudiantes y docentes. Cuando el restaurante reabrió tras un breve descanso, reanudé mi trabajo de camarera; salía de casa por la tarde y no volvía hasta bien entrada la noche, hacia medianoche cenaba arroz blanco con las sobras que nos hubieran dado en cocina y caía redonda en la cama. A veces acompañaba a mi hermana o a mi madre al mercado, y juntas cocinábamos los mismos platos que llevábamos toda la vida preparando. Mientras comíamos no hablábamos de los griegos ni de lenguas ni de películas, como mis compañeros de clase en la casa de la catedrática, sino más bien de la propia comida y los alimentos, desde la frescura de los ingredientes hasta su bajo precio. Yo no hablé de los diversos experimentos que había llevado a cabo en la casa de la catedrática, de cómo meditaba cada noche sobre la jornada en una

soledad casi decadente, con mi solitaria copa de vino. De algún modo, era como si viviera mi vida desde fuera hacia dentro. A veces cogía objetos que eran míos desde hacía mucho tiempo —ropa, maquillaje, libros— y sentía como si no me pertenecieran a mí sino a una desconocida. Miraba el tiesto blanco con patitas diminutas en el que antaño había crecido un bonsái y por un breve instante lo despreciaba. Miraba los cuenquitos blancos y azules de nuestra cocina. Comíamos a menudo en esos cuencos. Eran exactamente iguales que los de la casa de la catedrática, y a la vez totalmente distintos. Advertí que una parte del problema era que yo veía esas cosas, me llamaban la atención, cuando antes jamás les habría dedicado una segunda ojeada, aunque todavía no era capaz de comprender por qué o con qué propósito. Hasta que un día me asaltó un pensamiento. Advertí que la casa de la catedrática era en realidad como un museo, o como ciertas lecciones de la historia: una línea lisa y fluida. Nuestra casa, en contraste, era un despliegue posmoderno, una miscelánea de colores y ruido y objetos que, durante mucho tiempo, tuve que luchar para silenciar, y olvidar, y de la que no podía evitar sentirme vagamente abochornada. No era capaz de explicarlo de otro modo. Poco cambiaron las cosas después de aquello, salvo porque durante un tiempo largo también dejé de leer a los griegos. Cuando los retomé, mucho más tarde, casi me disgustó descubrir que todavía conseguían hechizarme.

Para entonces ya había investigado acerca de la historia de la porcelana blanca y azul que había tanto en la casa de la catedrática como en la mía. Estaba hojeando un libro sobre arte de Asia oriental en la casa de una amiga de un amigo, con la que no tenía confianza, cuando me topé con una imagen de dos ánforas también blancas y azules. Todo el mundo conversaba en la cocina, pero yo había dejado de pasar las páginas y me había inclinado sobre la imagen. Reconocí el motivo de inmediato, solo que esas dos ánforas presentaban una diferencia clara: sus formas eran más espléndidas, de hombros suaves y líneas elegantes, el blanco más lechoso, y el azul más claro y desvaído, como aplicado con pincel. Leí que los chinos habían hecho porcelana durante siglos, y que habían comerciado con ella no solo en Europa sino también en Oriente Medio, aparecía tanto en cuadros de Rembrandt van Rijn como en forma de tablillas con versículos del Corán. Leí que, durante mucho tiempo, la porcelana fue un género valiosísimo, en parte porque el secreto de su composición era aún un

misterio. La mercancía se exportaba a Europa y algunas piezas llegaron a representar casas holandesas o iconografía cristiana en convivencia con las flores de loto y los tradicionales bordes *ruyi*. Estas, que se hacían expresamente bajo pedido, se llamaban *Chine de commande*. Más adelante, en Alemania e Inglaterra se desveló el secreto de su fabricación y la porcelana china pasó a ser menos singular y menos demandada.

Me giré hacia mi madre, que todavía estaba admirando el Monet, una de sus obras más famosas. Se balanceaba ligeramente sobre los pies, como al son de una música, o como si estuviera agotada. Dije que a veces yo tampoco entendía lo que veía en las galerías o leía en los libros, aunque comprendía la presión de sentir que tenías que formarte una visión o una opinión, sobre todo una que pudiera articularse con claridad, algo que con frecuencia solo ocurría cuando se partía de cierto nivel educativo. Esto, dije, te permitía hablar de historia y de contexto, y en muchos sentidos era como una lengua extranjera. Durante mucho tiempo yo había creído en esa lengua, y me había desvivido por hablarla con fluidez. Pero dije que a veces, cada vez más a menudo, de hecho, me asaltaba la sensación de que esa clase de respuesta también era falsa, una actuación, y no la que yo había estado buscando. A veces miraba un cuadro y no sentía absolutamente nada. O, si afloraba un sentimiento, era mera intuición, una reacción, nada que pudiera expresarse con palabras. No pasaba nada, dije, por declararlo sin más cuando era el caso. Lo fundamental era mostrarse receptiva, escuchar, saber cuándo hablar y cuándo callar.

Atravesamos el cementerio de Aoyama. Los famosos cerezos estaban pelados, y a nuestro alrededor las lápidas verticales parecían pequeños santuarios. Parecían no tanto tumbas como viviendas y parcelas para espíritus diminutos, y lo cierto es que algunas estaban delimitadas por lo que podríamos llamar cancelas o cercados de madera, mientras que otras presentaban faroles de piedra en miniatura, o ánforas de piedra donde alguien había dejado flores. Piedra, musgo, hojas caídas, inscripciones sobre postes de madera. Por algún motivo, se me vino a la cabeza un bosque o monasterio. Antes habíamos estado en un vasto museo al aire libre en el parque Koganei, adonde habían trasladado y reconstruido varias casas japonesas antiguas para dar una idea de

cómo era la vida durante el periodo Edo. Dentro de una de ellas, una mujer nos invitó a sentarnos y nos sirvió té caliente de una tetera puesta sobre un fuego de hogar. Sabía a flores, pero no era exactamente dulce. Miré la taza y vi una flor rosa. La mujer dijo que el té estaba hecho con pétalos de *sakura* en salazón. Mi madre, echando un vistazo a la casa, con sus despojados suelos de tierra y su fogón de leña, dijo que le recordaba al hogar de su infancia. ¿Cómo era posible, si aquella casa tenía más de doscientos años? Pero yo sabía que lo decía por el suelo desnudo, la elemental cocina sin electricidad, la penumbra. Todavía quedaban calles así en Hong Kong, vestigios de poblaciones minúsculas encajados en los espacios entre rascacielos, o en azoteas, con cables de electricidad y cordeles para tender la ropa entre las viviendas. Una vez me contó que de niña había visto a un hombre tirarse desde un balcón en un quinto piso, y en otra ocasión a un perro recibiendo una paliza en un arcén.

Pensé que, a la edad que yo tenía, mi madre ya se había labrado una nueva vida en un país nuevo. A mi edad ya era madre de un bebé, y podría haber contado con los dedos de una mano las veces que regresaría a Hong Kong para ver a su familia. Intenté, en vano, imaginar sus primeros meses allí. ¿Habría sentido nostalgia? ¿La habrían asombrado las calles, las casas de ladrillo y tablas de chilla, tan diferentes de su propio hogar? ¿La habrían desalentado no los grandes cambios sino, como suele pasar, los otros, los insignificantes, siempre incontables: esos supermercados tan bien abastecidos que sin embargo no tenían fideos de cristal ni el arroz que ella buscaba; esas casas donde las gachas eran una plasta simple e insípida hecha con avena y leche y no con cebolleta muy picada, brotes de bambú y negros huevos centenarios; esas calzadas donde los conductores le gritaban desde los coches cada vez que cruzaba la calle, por motivos que ella todavía no entendía; ese cajero del banco incapaz de comprender su inglés colonial casi perfecto?

Después de tomar el té, entramos en unos baños públicos antiguos. La gran sala estaba partida por un murete, una mitad para las mujeres, la otra para los hombres. Las bañeras eran hondas y cuadradas, alicatadas con azulejos azul claro. En las paredes había una serie de grifos y espejos donde, expliqué, sentadas en taburetes bajos, las mujeres podían lavarse antes de entrar en los baños comunes, más grandes. Por encima de nuestras cabezas había un extenso mural con cielos azules, montañas, verdor, nubes y un lago azul inmenso, tan

bonito y sencillo como la ilustración de un libro infantil. Mi madre subió para verlo mejor, estirando el cuello y suspirando, como si no fuera una pared pintada sino unas vistas extensas y agradables. Hice una foto del mural, cuyos colores me recordaban a los carteles de publicidad de encuentros deportivos de los sesenta y los setenta, como las Olimpiadas, y otra de los azulejos, y le pregunté si le apetecía ir a una de casa de baños tokiota conmigo. Dije que en mi anterior viaje había estado y que me había gustado la experiencia, las mujeres y los niños bañándose todos juntos. Mi madre dijo que no había traído el bañador y yo le dije que eso no tenía importancia, que de hecho no se permitía acceder en bañador. Mi madre sonrió y negó con la cabeza. Pensé en los bebés y los niños de aquellos baños, agarrados a sus madres mientras ellas los bañaban, y les echaban agua por la cabeza con una mano, y con la otra les protegían los ojos, en cómo todavía no se sentían realmente separados, sino más bien partes de un mismo cuerpo, el mismo espíritu. Yo sabía que hubo un tiempo en que mi hermana y yo nos habíamos sentido igual. En este viaje, mi madre solía vestirse y arreglarse antes que yo. Si me despertaba y la veía salir de la cama en pijama, se metía corriendo en el cuarto de baño para cambiarse, e incluso hacía una pequeña reverencia, al estilo japonés, antes de cerrar la puerta.

Teníamos un tren a Ibaraki temprano, y cuando íbamos camino de la estación tirando de nuestras maletas con ruedas el cielo apagado estaba casi tan oscuro como la sala de la galería de la víspera. Bajo nuestros pies, el pavimento parecía emitir un leve fulgor, y nos cruzamos con varias personas que iban a trabajar, ataviadas con abrigos largos marrones con los cuellos subidos o acarreando maletines delgados. Le conté a mi madre que ese día dedicaríamos horas a viajar, y que tomaríamos un ligero desvío para ver solo una cosa. Me había preocupado la posibilidad de perder el tren, lo que habría implicado perder otras conexiones, por eso habíamos salido con prisa del hotel. Pero en realidad llegamos con tiempo de sobra. Eché un vistazo al panel y vi que en cuestión de minutos llegaría a la estación otro tren aún más temprano. Le pedí a mi madre que esperase con las maletas y me acerqué rápidamente a una de las máquinas del otro extremo del andén. Creía recordar que había una manera de hacer cambiar los billetes a través de esas máquinas para adelantar el

trayecto, pero también era consciente de que quizá no me daría tiempo. Sabía que mi madre estaba intranquila porque nos separásemos durante esa fase de tránsito, que detrás de su aplomo estaba deseando que me diera prisa. Introduje nuestros billetes e intenté navegar por el menú, pulsando el botón de la opción en inglés, consciente de que el tren llegaría en cualquier momento. Avancé veloz de pantalla en pantalla y por fin la máquina se tragó los billetes y, tras una larga pausa, expulsó otros dos. Los agarré y corrí de nuevo hacia mi madre, que agitaba las manos como si me apremiara, toda sobreexcitada, a la vez que el tren entraba en la estación.

Una vez dimos con los asientos, mi madre cogió mi abrigo y lo colgó de uno de los ganchitos de plástico extraíbles de la pared del coche, mientras yo colocaba las maletas en el portaequipajes superior. Le pregunté si quería uno de los libros que llevaba para leer, o tal vez el periódico que yo había cogido del hotel esa misma mañana, pero negó con la cabeza y dijo que prefería admirar las vistas. Estaba muy recta, con las manos en el regazo, y miraba por la ventanilla, por donde desfilaba el campo a toda velocidad. El tren iba tan rápido que las vistas no eran más que un borrón, una impresión de líneas y colores, de modo que resultaba imposible observar ningún detalle placentero. Mi madre comentó que mi tío había sido aficionado a los trenes, y que habría disfrutado mucho en ese, aunque no había tenido oportunidad de coger muchos.

Recordé que una vez mi madre me había contado una anécdota sobre mi tío, al que yo conocí en los contados viajes que habíamos hecho a Hong Kong. Era un hombre callado y esbelto, con el aire estudioso del universitario que nunca llegó a ser. Como mi madre, ponía mucho esmero en el vestir y en su aspecto, siempre llevaba una camisa blanca planchada y zapatos negros, y se cepillaba el pelo con una ligera onda y la raya a un lado, a la manera de las estrellas de cine chinas de los años treinta y cuarenta. Mi madre decía que, a diferencia de la mayoría de los demás chicos de su barrio, mi tío era un muchacho amable y considerado. Trabajaba para un hombre en el mercado de los pájaros y a veces volvía a casa con alguno. De niña, a mi madre le encantaba tenerlos en la casa. Los separaban nada menos que ocho años, pues mi abuela había tenido dos abortos entre medias. Mi madre observaba a menudo a su hermano mayor limpiando las jaulas, y a veces él le daba permiso para ayudar con los bebederos, que ella llenaba en el fregadero de la cocina y le llevaba de vuelta,

con mucho cuidado de no derramar ni una gota, para que él los encastrase de nuevo dentro de las jaulas, cuyo suelo ya había forrado con papel de periódico limpio.

Un día llegó al establecimiento un hombre que estuvo mirando los pájaros mucho rato, pidiéndole a mi tío que le bajara una u otra jaula de las largas varas del techo de las que colgaban. Mi tío siempre procuraba manipular las jaulas con delicadeza, consciente de que cualquier movimiento brusco o irregular angustiaría a los pájaros, que intentarían alzar el vuelo dentro de la jaula, lo que podía llevar a una pata o un ala fracturada. Al final, el cliente seleccionó dos de los pájaros más vistosos y más caros, con el pecho en forma de corazón y el plumaje color arrebol, afirmando que serían un regalo para su hija. Son como una pareja, bromeó. Mi tío le cobró, última venta del día, y echó el cierre, poniendo primero el candado a las puertas correderas de madera y luego cerrando la persiana metálica plegable.

Estaban en temporada de monzones, y en aquel periodo no era raro que mi tío volviera a casa caminando bajo una lluvia a veces tan virulenta y repentina que prácticamente no le daba tiempo a abrir el paraguas cuando ya estaba calado. Por dondequiera que pisara, el calzado se empapaba, y también los bajos de los pantalones. Hasta que, tan súbitamente como había llegado, el chaparrón cesaba y lo sustituía un calor igual de denso y agobiante. El día de cobro mensual, mi tío sacaba el sobre nada más llegar a casa y le entregaba dos tercios a su madre, y para él se guardaba solo una pequeña parte.

Una mañana, según me contó mi madre, mi tío quitó el candado a las puertas de madera del negocio y vio a una persona al otro lado de las persianas de metal. A través del dibujo de crisantemos distinguió que se trataba de una estudiante, y reconoció el uniforme del colegio de monjas de la zona, ubicado muy cerca del que él había abandonado con catorce años para ponerse a trabajar. Llevaba en las manos una caja de zapatos con seis agujeros en la tapa, en apariencia hechos con un lapicero normal y corriente. Cuando la abrió, mi tío descubrió a uno de los pájaros que le había vendido al hombre un mes antes, debilitado y tembloroso, en un lecho fabricado con tiras de calcetas escolares viejas. Mi tío bajó una de las jaulas y trasladó al pájaro que estaba dentro con otro espécimen. Luego, la limpió exhaustivamente, ajustó el posadero para que estuviera bajo, cerca del suelo, y puso papel de periódico limpio, comida y agua. La chica se marchó al colegio, y durante los días siguientes mi tío tuvo la jaula a la altura de

los ojos mientras trabajaba en la tienda, trasladándola a las zonas donde incidía una luz solar moteada cuando hacía calor, o desplegando una parte del biombo para protegerlo cuando empezaba a llover. Más adelante, cuando por fin el pajarito fue capaz de volar hasta el posadero, que mi tío iba reubicando más y más arriba a medida que el animal mejoraba, echó una tela gruesa por encima de la estructura de bambú de la jaula y la llevó hasta la casa de la chica, que era más bien un recinto en una calle muy conocida.

Mi madre me contó que en los días y semanas siguientes atisbó a veces a su hermano con la chica, pedaleando por la ciudad o haciendo cola en un tenderete en plena calle. A veces la invitaban a ir con ellos, la llevaban a la tienda de chucherías del barrio, donde llenaban una bolsa entera de ciruelas pasas y caramelos. Se familiarizó con sus puntos de encuentro habituales: la fuente del parque, o una esquina cerca del colegio de monjas de la chica. No hacía falta decir que los padres de la chica se habrían opuesto a que pasaran tiempo juntos porque mi tío era pobre y no tenía estudios. Las más de las veces hacían sus planes y quedaban a escondidas. Mi madre, a su vez, era su cómplice, pues su presencia encarnaba una tapadera fácil para cualquiera que los viera; su tierna edad, diez años, la convertía en tácita carabina. Yo me había preguntado a menudo cómo se habría sentido mi madre. Era lo bastante pequeña para que fuese su primer contacto real con una historia de amor, y lo bastante mayor para que esta la intrigase. ¿Veía, por ejemplo, encaramada en la bici de su hermano, o trepando a las estructuras del parque de juegos, cómo era que dos personas de pronto estuvieran tan concentradas una en la otra? ¿Cómo, incluso cuando la invitaban a chucherías o le compraban una entrada para el cine, su atención nunca se dirigía del todo a la tarea que estuvieran llevando a cabo? ¿Cómo sus bromas pretendían hacer reír al otro, lo felices que eran? ¿Observó mi madre todo esto, me preguntaba yo, pensando, o soñando, en lo que le depararía a ella el futuro?

A su hermano siempre le habían interesado las cámaras de fotos, y había comprado una de segunda mano con lo que había ahorrado del sueldo. A menudo sacaba fotografías cuando salían los tres juntos, y como el fotógrafo siempre era él, el único testimonio de la relación resultaron ser las imágenes de mi madre con la chica. Todavía tenía las fotos guardadas por ahí, dijo, una serie en la fuente del parque, con mi madre de pie encima del borde, la chica sentada junto a ella

con una falda larga, sonriente, el agua como una lámina negra y plateada tras ellas. Mi madre dijo que por aquel entonces ya se había percatado de que la chica era muy sofisticada, casi una adulta. Llevaba calcetines blancos tobilleros de uniforme escolar y los libros de texto atados con una gruesa cinta de colores. Era muy bonita, con esa tez pálida que tanto se valoraba en aquellos tiempos, y se recogía el pelo en una cola de caballo, con una goma adornada con dos bolas blancas del tamaño de canicas. Siempre se había portado muy bien con mi madre, a la que llamaba hermana pequeña, y un día le susurró al oído sus planes de fugarse con su hermano en cuanto acabase el año escolar.

Sin embargo, a pesar de sus precauciones, todo el mundo se enteró del idilio, por supuesto. La chica se lo había contado a sus amigas del colegio, y el jefe de mi tío la había visto esperando delante del negocio. Vecinos y amistades los divisaban montando en bici por la bahía o compartiendo platos occidentales en la taberna local. Era un secreto a voces.

Un día, mi tío se presentó en el habitual punto de encuentro cerca de la escuela, pero la chica no apareció. En un momento dado se acercó hasta el colegio y encontró a una compañera, que dijo que la chica había faltado a clase ese día. Armándose de valor, llamó al timbre de su casa, pero nadie salió a abrir. Rodeó la vivienda hasta la callejuela lateral y se encaramó a un árbol cercano para espiar a través de las ventanas, y comprobó que todas las habitaciones estaban vacías. Al cabo de un rato, regresó al portón de la casa a esperar. No podía hacer otra cosa. Al final, el ama de llaves se apiadó de él, salió y le anunció que toda la familia se había mudado a América y que no regresarían. La mujer dio media vuelta con intención de meterse de nuevo en la casa pero se detuvo, como si ponderase algo. Entonces se giró hacia mi tío y dijo que había dudado en contarle lo siguiente, pero que acababa de decidir que lo haría. Dijo que, cuando la familia se disponía a marcharse, la chica le había pedido que le transmitiera un mensaje muy sencillo a mi tío, que la esperara, que algún día volvería. Aparte de ser pobre y de no haber estudiado, explicaba mi madre, mi tío también tenía una cardiopatía. Los médicos habían pronosticado que no llegaría a la edad adulta, pero se equivocaron. Aun así, por aquel entonces no estaba en condiciones de volar, aunque hubiera sabido a qué parte de América se había trasladado la familia, aunque hubiera tenido dinero. ¿Qué otra cosa podía hacer aparte de

dar las gracias al ama de llaves y volver a su casa? Siguió trabajando y mirando por su salud hasta que por fin, cuando hubo ahorrado suficiente, se compró un piso de un dormitorio en el barrio junto a la casa de la chica, donde ya vivía una familia nueva, y por donde él pasaba de vez en cuando. En un momento dado, a mi tío le salió otro trabajo, luego otro, y otro, hasta que recaló en un periódico. La empresa le preguntó si estaba dispuesto a trasladarse a cambio de un puesto más importante y mejor, pero él rechazó la oferta. Aunque ya no vendía pájaros cantores, siempre tenía uno, amarillo y pequeño; a veces peinaba los mercados de toda la ciudad hasta encontrarlo. Nunca se casó ni formó una familia. Al final, decía mi madre, recibieron una carta. Venía de ultramar, dentro de un sobre internacional azul claro con un ribete rojo y azul marino. La misiva estaba escrita con letra pulcra y firme, y el contenido resumía una vida vivida en extraño paralelo: llegada a un nuevo país, un colegio nuevo, nostalgia por el hogar y mal de amores que fueron remitiendo poco a poco, luego la universidad, la inesperada sorpresa de un nuevo amor, seguida de un trabajo, matrimonio e hijos. La chica, ahora mujer y madre, había preguntado por mi tío, lo había localizado a través de una cadena de conocidos comunes, y había querido reanudar el contacto por carta, incluso llamar por teléfono y charlar, pero mi tío, a pesar de que lo intentó varias veces, nunca se sintió con ánimo de escribir una respuesta en condiciones.

A lo largo de mi niñez, mi madre me había contado muchas veces alguna versión de esta historia, igual que me había contado otras sobre pobreza, familia y guerra. En una ocasión, ya de mayor, le pregunté por mi tío y le pedí que me enseñara las fotos que me había descrito con tanto detalle, pero ella frunció el ceño y dijo que a su hermano nunca le había pasado nada de eso. Dijo que había trabajado en una papelería de su calle, no en una pajarería del mercado, aunque sí que sufrió una dolencia cardiaca que lo mantuvo toda su vida cerca del barrio de su infancia, y sí, nunca se casó.

Le pregunté a mi hermana por aquella historia y me dijo que ella tampoco la recordaba. Más tarde me dijo que en realidad se parecía mucho a un culebrón al que se aficionó durante el instituto. Al día siguiente me llamó otra vez y me dijo que estaba haciendo por primera vez un bizcocho de arroz que yo quizá recordara de nuestra infancia. Había encontrado la receta en una revista y la había reconocido de inmediato, a pesar de que había echado al olvido aquel

postre durante muchísimo tiempo. Los ingredientes, dijo, eran engañosamente sencillos: solo harina de arroz, agua, algo de azúcar y una pizca de levadura, que había que mezclar, cocinar al vapor y dejar enfriar. Le había pedido prestada a nuestra madre una vaporera grande y lo estaba preparando para que sus hijos pudieran probarlo y recordarlo también. Repitió que no recordaba la historia que nuestra madre nos había contado sobre nuestro tío. Su único recuerdo claro de la familia de nuestra madre era de cuando fuimos a Hong Kong para el entierro de nuestro abuelo, tendría ella unos seis o siete años. Como tantos recuerdos de infancia, este se componía fundamentalmente de impresiones y sensaciones poderosas. Recordaba dormir en una cama extraña, con una manta rosa claro con un crisantemo que tenía textura de toalla, sabiendo que alguien, primo segundo o pariente político, la había cedido para ella, y ella ni siquiera sabía quién. La casa siempre estaba llena de gente que se sentaba a charlar o entraba y salía de la cocina, a gusto en un sentido que ella no compartía. Mi hermana dijo que todo aquello le había resultado desconcertante, incapaz de distinguir a los desconocidos de los miembros de la familia, muchos de los cuales la trataban con amabilidad repentina e inexplicablemente. A menudo se acercaban para ofrecerle alguna cosa, un caramelo o un tentempié, e intentaban hablar con ella en cantonés, lengua que ella no hablaba ni entendía. Ellos lo sabían, y sin embargo probaban suerte, como si la comprensión pudiera producirse por arte de magia, siempre y cuando hubiera voluntad por las dos partes. Mi hermana los miraba inexpresiva y al final ellos se daban por vencidos, meneaban la cabeza y se iban. Tenía nociones de unas pocas fórmulas y a lo largo de todo el viaje solo fue capaz de expresarse diciendo cosas como «sí», «no» y «gracias». A diferencia de los demás niños, no parecía saber lo suficiente para que le permitieran echar una mano, de modo que la consentían y la dejaban sola. Pasó buena parte del viaje acurrucada en una butaca de palo de rosa, jugando con la Game Boy de su prima o viendo los dibujitos animados de la tele. Si quería salir a jugar al pequeño patio, para ver, por ejemplo, el león de piedra que allí había, con una bola debajo de su pesada y decorativa garra, le prestaban un par de chancletas rosas varias tallas más grandes, desgastadas y amarronadas, con la forma de los pies de otra persona. La única tarea que le encomendaban era la de ayudar a enjuagar el arroz, para lo cual llenaba y vaciaba el líquido lechoso hasta que salía casi transparente, algo lo bastante sencillo para que lo hiciera una cría. Por

las noches se quedaba desvelada, pendiente del sonido de los ventiladores y de las conversaciones del resto de la familia en el salón principal.

Dijo que no recordaba el funeral, solo el cementerio en lo alto de unas colinas, lleno de tablillas de piedra gris y muchos muchos escalones. Dijo que había estado extremadamente perdida todo el viaje. Se había sentido observada, y aunque eran miradas amables se trataba de la misma indulgencia que se reservaba a un animalito, uno que no sabía nada, que era incapaz de controlar su instinto natural. No sabía cómo comportarse, cómo navegar por los nuevos y complejos estratos familiares en los que se había visto sumida. A diferencia de nuestro pequeño núcleo familiar, allí nunca había un tiempo para estar a solas, un tiempo para descansar. Todo el mundo andaba siempre atareado haciendo algo para otra persona, lo que la hacía sentir inútil y un estorbo. Sabía que la familia estaba de duelo, pero el hombre cuya foto reposaba en el altar de la casa y a cuya tumba fueron todos era un extraño para ella. Solo recordaba el aspecto del dinero de papel que sacaron aquel día, porque venía en un envoltorio violeta vivo, casi magenta, con caracteres en pan de oro. Contra la grisura de las lápidas y los peldaños de hormigón, aquellos colores se veían chillones, casi bonitos. Los propios billetes eran también coloridos, como los de un juego de mesa. Mi hermana guardó cola, como todos los demás, y tiró el dinero a una fogata, y solo cuando el viento cambió de dirección y se le metió humo en los ojos notó que lloraba. El resto del día lo pasó aburrida y malhumorada, y cuando le entregaron un cuenco de comida para que lo dejase a modo de ofrenda, lo colocó rápidamente y de cualquier manera en la repisa de piedra, un gesto que ella sabía avergonzaría a nuestra madre en medio de sus amistades y parientes. Alguien acabó comprándole un helado que mi hermana se tomó acuclillada entre la hierba alta y el aire húmedo.

Al día siguiente fueron en coche a una joyería del barrio de al lado, donde mi hermana vio otro león de piedra, además de una estatua que reconoció como la diosa de la clemencia, con su semblante bondadoso y sus dedos largos. Había también un cuenco de jade lleno de agua. Mi hermana decía que en el fondo había dos siluros esculpidos en la piedra, nadando entre juncos y plantas, pero a un nivel más bajo, de modo que parecía que realmente estuvieran flotando en el agua. En un momento de la visita, se dio cuenta con apuro de que la familia quería

comprarle un regalo para que se llevara un recuerdo. Sacaron y ponderaron varios artículos. Algunas piedras de jade eran blancas y opacas, o pardas y translúcidas, no muy diferentes de los oscurecidos huevos centenarios que todos habían comido la víspera. Otras eran de un verde oscuro, cremoso, que le recordó a la cumbre de la montaña o al musgo que crecía en el cementerio. Finalmente, sin embargo, mi hermana escogió no una alhaja, sino algo que era más bien un juguete. Encima del mostrador había una pila de lo que aparentaban ser libros diminutos o cajitas, con unas tapas de tela verde y azul atadas con cinta roja. Dentro, tras una lámina de cristal, había una tortuguita de oro junto a una piedra. En cuanto la caja se abría, las manitas y piecitos de la tortuga empezaban a moverse y agitarse a la vez que la cabeza se meneaba a los lados. Mi hermana se enamoró de aquella baratija y de algún modo poseerla pareció apaciguar toda la extrañeza y el desconcierto que había sentido los dos días anteriores. De vuelta en la casa, sobre todo durante las multitudinarias comidas y las horas de visita, se escabullía para abrir la cajita y observar a la minúscula tortuga ejecutando su danza infalible, que también parecía como si nadara, aunque en realidad no iba a ninguna parte. Para el viaje de regreso la guardó con mucho cuidado entre varias camisetas, pero cuando abrió de nuevo la caja descubrió que el cristal, fijado con un pegamento barato, se había movido y la tortuga ya no bailoteaba.

Mi hermana dijo que había vuelto a Hong Kong solo una vez más, siendo ya una joven residente, para un congreso de Medicina celebrado en un hotel de Kowloon. Casi no había reconocido el lugar, y de hecho le pareció como si fuese su primera visita, no la segunda. No se esperaba, decía, la curiosa yuxtaposición de la urbe, sus rascacielos grises descomunales recortados contra la exuberancia del bosque subtropical, las verdes cumbres, la bahía. Era sorprendentemente bonito, y le costó creer que ya hubiera estado allí. Para esas fechas había terminado la facultad de Medicina y trabajaba en un hospital público muy concurrido que la ponía a prueba y que ella sabía le proporcionaría lo que necesitaba para especializarse. Le iba bien, y la habían invitado a intervenir en aquel prestigioso congreso sobre endocrinología en una ciudad extranjera. Casi no recordaba a la niña rara y terca que era cuando estuvo allí por última vez, la que era incapaz de valerse por sí misma y había arrojado las ofrendas despiadadamente a la tumba. Para el congreso había metido en la maleta una chaqueta gris con cinturón y pantalón de pata ancha

a juego, y debajo se puso un sencillo jersey de cuello redondo blanco. Los auditorios estaban oscuros, llenos de gente. Los intervinientes eran buenos, estimulantes. Ella sabía que mejoraría solo por haber estado allí. En el vestíbulo le entregaron un cordón con su nombre y el nombre del hospital en la etiqueta.

Por la tarde, se abstuvo de participar en las copas y la socialización para ver la ciudad; decidió no coger el metro, solo taxis, o el Star Ferry. Cuando el barco hubo cruzado Victoria Harbour, se había quitado la chaqueta, la había doblado cuidadosamente y la había apoyado en la barandilla de proa. El viento le había alborotado el pelo, que ella se había recogido con horquillas esa mañana, provocando que varios mechones cortos y sueltos le revolotearan por la cara de un modo que le resultó liberador. El mar estaba picado y liso, y mi hermana se asomó con los antebrazos apoyados en la chaqueta doblada, observando ante sí la ciudad vespertina envuelta en una delicada neblina dorada.

Su intención, decía, había sido contactar con el resto de la familia, pero había estado tan atareada trabajando antes del viaje que no tuvo tiempo. Una vez allí, se volvió a recordar que lo haría, pero antes le apetecía disfrutar de un par de ratos a solas. Había estudiado y trabajado tan duro todo el año que quería darse un capricho. En el congreso había conocido al hombre que más tarde se convertiría en su marido, un joven licenciado aplicado y competente, igual que ella. También tenían en común esa actitud que ella había adquirido a lo largo de los muchos años de estudio, autoritaria y empática y a la vez reconfortantemente impersonal. Él también tenía familia cerca, en Taiwán, y, como ella, todavía no había hecho planes para verlos. Ahora que era su esposo, lo conocía tan bien que le costaba imaginar un tiempo en el que no estuviera profundamente acostumbrada a él, en el que su presencia en una sala podría haberla sobresaltado. Pero recordaba, o al menos creía recordar, los embriagadores días juntos cuando todavía no se conocían del todo. El día libre lo dedicaron a subir a la cumbre inundada de sol. Arriba del todo había un mirador con catalejos, y ellos, muy metidos en su papel de turistas, introdujeron unas monedas en las ranuras para usarlos y ver la ciudad a sus pies. Durante el ascenso, mi hermana también se fijó en un pabellón con unos pequeños pedestales de piedra cada pocos pasos y, en lo alto de cada uno, sendos leones de piedra gris. Al día siguiente, fueron a la isla de Lantau, donde tomaron el teleférico con suelos de

cristal y vieron el gigantesco Buda de bronce en lo alto de la larga escalinata. Él la esperó mientras ella compraba ropa en Canton Road, y por la noche se perdieron en un laberinto de barecillos y restaurantes donde a ella le ponían copas gratis. En un momento dado, decía mi hermana, se dio cuenta de que podía imaginarse con ese hombre. Tenía ante sí a una persona comprometida, como ella, y por su forma de hablar y las cosas que decía, mi hermana percibía que valoraba la estabilidad, que tenía prevista cierta trayectoria en la vida. Como alguien que hubiera examinado exhaustivamente las pruebas y el historial de su paciente y ahora tuviera ante sí el escáner o la radiografía definitiva, mi hermana estaba relativamente segura del resultado, de la conclusión inevitable.

Por algún motivo, en una de las primeras conversaciones ella le dio a entender que también era su primera vez en Hong Kong. Y efectivamente era más fácil, debía reconocerlo, dárselas de turista, disfrutar la ciudad de esa manera. No mencionó a su familia, en algún punto de la ciudad —seguía sin saber en cuál exactamente—, y cuando el congreso terminó se dijo que ya era demasiado tarde. Años después, decía, todavía no le había aclarado ese asunto a su marido, aunque recordaba mirar a través del catalejo en la cumbre y preguntarse por espacio de unos segundos si sus ojos se posarían por azar en el cementerio donde había estado tantos años atrás.

El último día, durante un descanso entre charla y charla, mi hermana recaló en unos grandes almacenes inmensos a través de unas escaleras mecánicas al aire libre. En la planta más alta y más tranquila descubrió una joyería cuyos artículos se exhibían sobre seda blanca en compartimentos de cristal muy iluminados y cuyo personal vestía traje gris y guantes blancos, en postura de firmes. Mi hermana se inclinó sobre los expositores, y cuando puso una mano sobre uno oyó el tintineo suave y satisfactorio de su reloj de oro contra el cristal. Cuando dejó claro que no hablaba cantonés, el hombre de detrás del mostrador pasó al inglés. Mi hermana sabía que no disponía de mucho tiempo antes de regresar al congreso, pero por alguna razón también sabía que compraría algo en aquella tienda, un recuerdo del viaje, igual que había recibido un regalo durante el anterior. Al final se decidió por un disco liso de jade, más blanco que verde, una figura abstracta engarzada a un torques de plata que reposaba liso contra su piel cuando se lo ponía. Le recordaba al dinero antiguo que antaño se usaba en China, y más tarde a los discos *bi* que se utilizaban en los

funerales antiguos, en un tiempo en que se creía que el jade detenía la descomposición del cuerpo sepultado bajo la tierra.

El único sitio al que yo quería ir ese día era una iglesia, al parecer una construcción muy bonita en las afueras de Osaka, diseñada por un arquitecto famoso. Le dije a mi madre que aunque sabía que ella no creía en esa religión, se suponía que la visita era una experiencia sobrecogedora, y que esperaba que mereciera la pena la inversión de tiempo. Antes, en el tren, absorta en mis pensamientos sobre mi tío y Hong Kong, había echado un vistazo a mi madre, con la cabeza ladeada, apoyada en el reposacabezas junto a la ventanilla, y los ojos totalmente cerrados. Dejamos las maletas en las taquillas de la estación y nos pasamos a las líneas locales. Por el camino, paramos a almorzar en un pequeño restaurante de fideos. Afuera se había formado una cola no muy larga, pero despachaban a la clientela con rapidez y eficacia, con la competencia y velocidad de un local que lleva años en funcionamiento y se ha especializado en un único plato. Los fideos se servían en un cuenco grande, blanco por dentro pero decorado por fuera con sofisticados y densos estampados color rosa sandía apagado, verdes y amarillos. Me recordaba a unos cuencos que había visto a menudo en los restaurantes cuando era niña. Ese mismo estampado debió de existir en elaborados platos y demás artículos de vajilla durante cierto periodo de la historia. Y, como sucedió con la famosa porcelana *qing-hua*, habría sido admirada y preciada, de modo que cuando se abrió una vía de comercio entre Asia y Occidente, al principio se compró y luego se reprodujo, en muchos países distintos, por muchas manos distintas, y ahora existía en esa versión industrial que se usaba en el mundo entero, a razón de cientos de miles.

Había hecho calor en el tren y frío en la calle, y la sopa nos dejó un poco amodorradas. Caminamos por calles del extrarradio con postes de telégrafos de madera y cables de luz entrecruzándose por encima de nuestras cabezas. Las calles eran tan pequeñas que a menudo no había aceras, más bien unas líneas blancas trazadas en el asfalto para señalar por dónde se podía transitar a pie. De vez en cuando pasábamos por un grupo de tiendas de alimentación, pequeños comercios y cafeterías que siempre se distinguían desde lejos por los letreros verticales de vivos colores. En el museo al aire libre de unos días atrás habíamos pasado junto a una casa de madera donde sonaba

música. Mi madre había aminorado el paso y, viendo que quería entrar, yo había cambiado de rumbo y había franqueado la puerta, seguida por mi madre. Dentro había dos mujeres inclinadas sobre unos instrumentos alargados. Mi madre explicó muy emocionada que eran cítaras japonesas, no muy diferentes de las chinas que ella recordaba haber escuchado por la radio de pequeña. Yo también reconocía el sonido, profundo y amaderado a ratos, otras veces plano y deshilvanado, u ondulante, como cuando pasas los dedos rápidamente por encima del teclado de un piano. Las mujeres llevaban tres *tsume* en los dedos de la mano derecha, que parecían garras o uñas blancas meticulosamente afiladas con las que punteaban las cuerdas de los instrumentos. Mi madre se quedó mirándolas fascinada, escuchándolas largo rato, y cuando nos íbamos preguntó si podíamos comprar un cedé de aquella música, ya que estábamos allí.

En un primer momento me costó encontrar la iglesia, pero al final dimos con ella, una construcción baja que parecía una caja en medio de un barrio tranquilo. Entramos. Las paredes eran de un hormigón pelado que absorbía casi toda la luz, lo que creaba un interior sombrío y gris. El suelo no era plano, sino que estaba ligeramente inclinado hacia abajo, como si atrajese todo hacia el sencillo altar sur. La pared de detrás del altar presentaba dos grandes tajos, uno desde el suelo hasta el techo y otro horizontal, que semejaban una cruz gigantesca. Cuando tomamos asiento, toda nuestra atención se dirigió hacia esa forma inmensa, y hacia la luz blanca y brillante que entraba a raudales por las brechas, en claro contraste con la apagada atmósfera de la sala. El efecto era cautivador, muy parecido a mirar fijamente la luz solar a través de la abertura de una cueva. Y puede que así hubiera sido entrar en las primeras iglesias, le dije a mi madre, cuando la naturaleza era todavía una fuerza en el mundo, visceral y sagrada. Dije también que la intención original del arquitecto fue que la cruz no se cerrase, de modo que el aire y las inclemencias del tiempo se colaran por las aberturas, igual que la voluntad del propio dios.

Hacía un día gris y frío y éramos las únicas personas en la sala. Le pregunté a mi madre qué creía sobre el alma y ella caviló un momento. Entonces, concentrando la mirada no en mí sino en la desabrida luz blanca que teníamos delante dijo que creía que fundamentalmente no éramos nada, solo series de sensaciones y deseos, ninguno duradero. Dijo que cuando era pequeña nunca pensó en sí misma de forma aislada, sino más bien indisolublemente unida a

otras personas. Hoy en día, dijo, las personas estaban ansiosas por saberlo todo, creían poder comprenderlo todo, como si la iluminación estuviera a la vuelta de la esquina. Cuando en realidad, dijo, no existe control alguno, y el conocimiento no atenúa ninguna aflicción. Lo mejor que podíamos hacer en esta vida era pasar por ella como humo entre las ramas, sufriendo hasta que o bien alcanzásemos un estado de inexistencia o bien sufriéramos en otra parte. Habló de otras doctrinas, del bien y de la generosidad, de la acumulación de bondad como fuente de riqueza. En ese momento sí me miró a mí, y supe que quería que le diera la razón, que la siguiera, pero para mi vergüenza descubrí que no podía y, lo que es peor, que ni siquiera era capaz de fingir. En vez de eso, consulté el reloj y anuncié que casi era la hora del cierre y que debíamos irnos.

Para la siguiente etapa de nuestro viaje había planeado un paseo por un sendero antiguo a través de bosques, localidades y montañas que habían formado parte de las ciudades imperiales. Pero enseguida me di cuenta de que sería imposible. Había estado lloviendo toda la semana, los caminos estarían embarrados y húmedos. Mi madre no había traído calzado de senderismo, como yo le había pedido. Quise insistir para que hiciera la caminata conmigo, pero me di cuenta de que habría sido casi una crueldad. Su cara había cambiado desde la última vez que nos habíamos visto. Siempre había sido una mujer juvenil, tanto que era un rasgo estrechamente vinculado a la imagen que yo tenía de ella. Sin embargo, durante el viaje la miraba de perfil, miraba su cara cuando estaba cansada o reposaba, y me daba cuenta de que se había convertido en una abuela. Entonces, con la misma rapidez, lo olvidaba y solo veía la imagen que había tenido de ella durante toda mi niñez, una imagen curiosamente invariable, hasta que unos días después el proceso se repetía. Por eso le dije que, si no tenía inconveniente, haría aquella caminata yo sola, lo que nos separaría durante un día y una noche. Ella podía quedarse en una pequeña posada tradicional, muy cerca de la estación. El pueblo era grande, pero si no se salía de cierto radio tendría suficientes cosas que ver sin necesidad de aventurarse más allá. Yo cogería el tren para alejarme y a lo largo del día siguiente caminaría en su dirección; estaría de vuelta para la noche.

En la posada, preparé una mochila pequeña con ropa, enrollando

muy bien cada prenda para que ocupase el menor espacio posible. Luego, guardé un camping gas y una botella grande de agua, además de un chubasquero fino, y el resto del equipaje lo dejé con mi madre. Le propuse que tomáramos un té antes de que me fuera y nos sentamos en el suelo con una tetera negra de hierro entre ambas, que pesaba y quemaba y era muy agradable de levantar y servir. La habitación olía a humo y a arroz recién socarrado. Dije que había estado dándole vueltas a lo que me había contado la víspera sobre la bondad. Le pregunté si recordaba mi primer trabajo, en el restaurante chino de un barrio de las afueras cerca del río, donde serví durante mi primer año de universidad. Era un establecimiento muy bonito, famoso en tiempos, y aunque se había quedado un poco anticuado todavía conservaba una parte de esa aura, con sus salas tenue y cuidadosamente iluminadas y sus suelos oscuros y abrillantados. Allí todo se hacía con cierta formalidad, con cierto sentido de la ponderación y la precisión, como para crear un mundo flotante. Los uniformes de los empleados consistían en un delantal negro, zapato también negro y una camisa color marfil con botones forrados en tela y un pequeño cuello Mao, lo suficiente para transmitir una vaga sensación de lo que antaño se denominaba Lejano Oriente. Nos exigían que cada noche llevásemos un maquillaje discreto y el pelo recogido, cosa que yo hacía con esmero y precisión antes de cada turno. Las otras camareras eran todas mujeres de entre veintipocos y treinta y pocos años, algo que por entonces me había resultado imposible y excepcionalmente adulto. Recuerdo que se esperaba que trabajásemos a destajo, y que nos tomáramos en serio la reputación del restaurante, como si su fama pudiera prolongarse un poco más, a poco que todos creyéramos en ello, como una religión o una fe.

Dije que tal vez se acordara también de mi novio de entonces, otro universitario que estudiaba lo mismo que yo. Como yo, tenía una hermana, y yo sabía vagamente, porque en verdad él nunca hablaba de ello, que cuando era pequeño habían sido pobres. Era muy entregado y tenía una cara cincelada en exceso infantil que yo sabía iría mejorando con los años. Se esforzaba mucho en los estudios e iba al gimnasio con asiduidad; nada en él me ofendía, y sin embargo me sentía como si básicamente fuéramos desconocidos. Él también solía decir, en tono cariñoso, que yo era un poquito rara, y una vez, de pasada, comentó que me tomaba demasiado en serio el trabajo en el restaurante. Yo discrepaba, pero en aquel entonces no le llevé la

contraria. En esa época me lo tomaba todo muy en serio. Hincaba los codos como si me fuese la vida en ello porque creía de veras que me serviría para alcanzar propósitos más elevados, y me gustaba la idea de vivir conforme a cierta severidad o método. Solo quería dominar bien una cosa en la vida. Trabajaba en el restaurante del mismo modo. Antes de cada turno me recogía el pelo muy tirante. No lo hacía por gusto, sino porque tenía la sensación de que ese toque elegante y estricto casaba bien con nuestro papel, que consistía en ser reservadas y competentes en todo momento. De la misma manera, me sorprendía haciendo allí muchas pequeñas cosas de forma distinta, como si el mero acto de franquear una puerta me transformara, como si de pronto fuese porosa, o muda. Me esforzaba en ser eficiente y elegante, consciente de mis gestos, mi voz, la expresión de mi cara, y en comprender que si algo se rompía, si se nos caía una bandeja, o un plato, o una pila de vasos, sería una calamidad, casi como si los estampáramos contra el suelo deliberadamente en un momento de locura o rebelión. A veces el restaurante albergaba grandes banquetes, durante los cuales teníamos que cargar con unas largas barquitas de madera coronadas con marisco y hielo y decoradas con verduras esculpidas en forma de flores, que yo siempre sentía el deseo de agarrar y engullir como una niña. Aunque las bandejas pesaban un montón y eran muy poco manejables, yo hacía que pareciera fácil, teniendo presente la imagen de una bailarina de *ballet* que apoya todo su peso en las puntas de los dedos de los pies y sin embargo no manifiesta dolor alguno. Mi novio solía bromear con que yo era la clase de persona que sería feliz en un templo de montaña, donde solo se me pidiera barrer el polvo del suelo cada día, contemplar la naturaleza del tiempo y el trabajo, y la diferencia, o la semejanza total, entre una superficie sucia y otra limpia.

Fue también por esa época cuando me aficioné de nuevo a nadar, una actividad que había hecho habitualmente de niña. Había una piscina al aire libre cerca del restaurante, a cincuenta metros, junto a un centro comunitario y un parque. Me compré el bañador negro con el corte más sencillo que encontré, como unas mallas, unas gafas, y me aboné a la piscina. Al principio me costó. No me podía creer que mi cuerpo casi hubiera olvidado cómo se nada, algo que de pequeña me había parecido casi instintivo. Pero paulatinamente, despacio, con empeño, todo volvió a su cauce. Iba tres veces a la semana sin falta, aunque estuviera cansada, aunque hiciera mal tiempo o tuviera

exámenes. Algunos días, cuando la luz creaba hexágonos en el fondo de la piscina, con el sol, el césped, la transparencia absoluta del agua, no había lugar más bonito. Si mi actitud acompañaba, si me concentraba y a la vez me relajaba, era capaz de surcar el agua sin apenas esfuerzo, a una velocidad que me parecía una aproximación muy cercana al vuelo. En días así, cuando salía de la piscina después de haber nadado, con los jardines y los árboles en plena explosión y el sol en el sendero, sentía algo, mi cuerpo como algo mío, fuerte y bronceado, que podía ser lo que yo quisiera, siempre y cuando me esforzara lo suficiente. Y me sentía yo misma en cuestión de un instante, el mundo abriéndose como a través de un gran embudo, partiendo de mis pies hasta las hojas y el cielo de más arriba. En esos momentos no pensaba en nada, o si pensaba era en algo innombrable. Esos momentos nunca duraban; se esfumaban tan rápido como habían sobrevenido, tan rápido que nunca tenía del todo claro si habían sucedido. Y entonces tocaba ponerse en marcha.

Poco después de que nos conociéramos en clase, mi novio me preguntó si me gustaban las películas. Yo dije que sí, y él dijo que la siguiente vez me prestaría algunas. La semana siguiente, en una clase magistral, me dio una bolsa de plástico que manejaba con mucho cuidado y sostenía por la base, como si de un regalo envuelto se tratara. Eché un vistazo y vi que dentro había DVDs, casi todos de películas de acción, y también varias románticas. No eran clásicos, sino de unos pocos años atrás, de modo que parecían un poco anticuadas y a la vez no lo bastante antiguas. Le di las gracias, aunque no tenía ningún interés en esa clase de películas y no sabía qué hacer con ellas. Al final, me las guardé en la mochila y allí las dejé, de modo que durante un tiempo viajaron conmigo dondequiera que yo fuera. Al cabo de una semana más o menos se las devolví sin haber visto ninguna. Mi novio me preguntó si me habían gustado las películas y yo, sin saber qué decir, pero viendo la cara que ponía, mentí y le dije que sí.

Cuando hicimos un año, planeó una cena en un restaurante francés muy conocido, la clase de sitio al que decía que iría sin pensárselo dos veces cuando se graduara, cuando ganara dinero de verdad. Yo me compré un vestido, me pedí esa noche libre en el trabajo y me arreglé en casa. Mientras me peinaba, recibí en el móvil un mensaje de un cliente del restaurante. Al principio no lo entendí, creí que se trataba de un error o que se habían equivocado de número, o que yo estaba

leyendo mal. También tardé un rato en ubicarlo, en averiguar quién era el remitente. Trataba con un montón clientes a lo largo de cada turno, y cada vez me las arreglaba para estar completamente presente antes de olvidarlos también por completo en cuanto se marchaban. Me comportaba de un modo ligeramente distinto, hacía cambios ínfimos en mi semblante o en mis acciones según lo que pidiera el momento, como una modelo posando frente a un fotógrafo, sensible al ángulo o a la dirección de la luz. Si un cliente deseaba charlar, yo sabía mostrarme comunicativa. Escuchaba con atención y lo guiaba sutilmente para que pidiera lo más oportuno, formulando comentarios sencillos a modo de respuesta. Si preferían que no molestara, también era capaz de mostrarme serena y rauda. Sabía recoger platos y cuencos de un modo que parecía no tanto un servicio como un ceremonial, lo que a su vez aligeraba la insoportable agonía de ser una persona que básicamente limpiaba lo que ensuciaban otros. Recordaba a aquel hombre llegando, temprano por lo general, cuando el restaurante todavía estaba tranquilo, casi en proceso de preparación. Siempre escogía una mesa en un rincón, con vistas a toda la sala de arriba. Recordé también que solía comer solo, pero no parecía que se sintiera del todo a gusto al hacerlo; es decir, que siempre intentaba dar palique. Creo que había insinuado que era un hombre de negocios de cierto éxito a pequeña escala. No recordaba mucho más.

Cuando me reuní con mi novio en la puerta del restaurante francés vi que, como yo, él también se había arreglado, y que llevaba una camisa blanca y pantalones oscuros, no muy diferente de mi uniforme de trabajo. Entramos, nos acomodaron y nos entregaron las cartas. A la mesa, mi novio echó un vistazo a la carta de vinos y su perfil me pareció un anuncio de un reloj caro. Sabía que para él aquella velada ya había sido un éxito. Había hecho algo que percibía como romántico, algo correcto y bueno, y ese era el regalo que me hacía, más que el importe de la cena. Era un gesto que, para su gusto, nos hacía avanzar juntos, nos acercaba a un estatus más elevado, como una escoba que empuja hacia delante dos piedrecitas en un camino. Sentí, a cierto nivel, que yo también debía estar feliz. Pedí algo que luego consideré una mala elección, pero cuando mi novio me preguntó qué tal estaba, no dije que me parecía deshonesto disfrazar los sabores hasta que una no pudiera casi distinguir que aquello era comida. Tenía presente lo importante que era disfrutar de aquella cena, o al menos aparentar que la disfrutaba. Me dije que si le ponía empeño

suficiente mi esfuerzo se transformaría en genuina felicidad, y solo entonces dejaría de tener esos pensamientos. Cuando llegó el postre, resultó ser una especie de flambeado. Cascamos la corteza del merengue con las cucharillas y el interior era tan dulce y azucarado que de pronto me entró modorra. Tuve el vago pensamiento de que, de algún modo, me habían inculcado que lo mejor era ser deseada, aun cuando tú misma no desearas, aun cuando no te gustara especialmente la persona que te deseaba a ti. No sabía aún dónde había aprendido tal cosa.

El resto del semestre discurrió sin sobresaltos. Nadaba, estudiaba con mi novio en la biblioteca. Iba a clase. Mi hermana tenía un contrato en un hospital del país, y cuando vino a visitarme fuimos al barrio chino e hicimos lo mismo que solíamos hacer cuando íbamos al colegio: comer empanadillas picantes en el restaurante del callejón empedrado, ver una peli antigua de artes marciales en la fresca oscuridad del cine, comprar polos baratos en la tienda de al lado. En el restaurante yo seguía trabajando como siempre, con esmero, atenta, poniendo mesas y preparando salas. Si el cliente llegaba y me tocaba servir en su rango, le tomaba la comanda y él me daba conversación como si nada hubiera pasado. Ni él ni yo mencionamos los mensajes que me había enviado. Y sin embargo, el conocimiento estaba ahí. Un día, durante unas vacaciones que había pedido para preparar los exámenes, me escribió para decirme que llevaba tiempo sin verme y me preguntó si estaba bien. En otra ocasión me escribió sobre su divorcio, y sobre su joven hijo, al que yo había visto una vez, y aludió también de pasada a su mujer, a la que yo nunca había visto, pero que él decía era china. Decía que había empezado a pintar hacía poco, y aunque sus palabras eran modestas tuve la sensación de que quería que yo reconociera su talento, o como mínimo su potencial. Recordé que tal vez en una ocasión hablamos brevemente sobre arte, o sobre literatura, o sobre cine, por algo que yo estaba estudiando. Le pregunté al encargado si alguien del restaurante podía haber dado mi número a un cliente, y el encargado me miró como si estuviera chiflada. Me dijo que yo era muy trabajadora, que los dueños me valoraban mucho, y que esperaba que los estudios estuvieran yendo bien. Pensé en lo raro que era que las únicas dos personas que sabían lo que estaba pasando fuéramos el hombre y yo, y en cómo, por alguna razón, para mí lo más importante en ese momento era solo la capacidad para fingir que aquello no estaba sucediendo.

Mi novio me invitó a una exposición de pintura en la galería más grande de la ciudad. Fuimos un día después de clase, cogimos el tranvía y nos adentramos en un edificio de piedra oscura rodeado de fuentes. El interior estaba abarrotado de gente en espacios amplios. Algunos techos eran de cristal y una luz blanca y fría entraba a raudales. Yo estaba cansada y un poco aburrida, pero sacamos las entradas, dejamos las mochilas en el guardarropa y subimos por las estrechas escaleras mecánicas. Al principio, mi novio y yo desfilamos juntos por delante de las obras, que él admiraba y calificaba de bonitas, aunque yo tenía la sensación de que no sabía exactamente por qué lo eran. Era como inspeccionar una sarta de perlas, bellas por naturaleza, de modo que decir eso sin más significaba poco menos que nada. Al final, me adelanté y entré en una sala con un cuadro de Monet, el mismo, le dije a mi madre, que había visto con ella unos días antes. Haciendo una pausa, estiré el brazo para coger la tetera que había entre ella y yo y llené de nuevo nuestras tazas, aunque mi madre apenas si había dado un sorbito, mientras que la mía estaba casi vacía.

Dije que sabía muy poco de Monet, tanto entonces cuando estudiaba como ahora. No sabía apenas nada de la época en que había pintado, ni de las famosas técnicas de las que había sido pionero. Pero aquel día en la galería de la ciudad con mi novio, mientras contemplaba la luz pálida, las grandiosas formas del heno en un campo, algo me había embargado. Aquel día, como ahora, me habían parecido cuadros sobre el tiempo. Era como si el artista observara el campo con dos miradas. La primera era la mirada de la juventud despertando en un amanecer de luz rosada sobre la hierba y viendo la posibilidad de todo, el trabajo realizado la víspera, el trabajo todavía por realizar en el futuro. La segunda era la mirada de un hombre mayor, quizá mayor de lo que el propio Monet era cuando los pintó, que observaba el mismo panorama y recordaba esos sentimientos precoces e intentaba aprehenderlos de nuevo, solo que era incapaz de hacerlo sin impregnarlos de su propio sentido de lo inevitable. Mirándolos, me sentí un poco como me sentía a veces después de leer cierto libro, u oyendo un fragmento de cierta canción. Por lo demás, me parecía que el momento estaba ligado a esas tardes en que volvía de la piscina, a la vastedad del mundo. Sentí que si era capaz de conectar mejor todos esos elementos tal vez llegaría a comprender realmente algo. Entonces mi novio se puso a mi lado y formuló un

comentario sobre aquel cuadro, igual que había hecho con todos los demás. Yo no dije nada. En cambio, pensé en lo amables que éramos siempre el uno con el otro, en que ni una sola vez a lo largo de toda nuestra relación habíamos tenido una pelea ni habíamos discrepado abiertamente. Pensé en la de veces que la gente había descrito mi actitud como amable, o en cuando los clientes del restaurante elogiaban a veces al personal al dejar una propina, señalando la elegancia de las camareras, sus voces delicadas, sus gestos complacientes.

En el restaurante tuvimos una de las noches más ajetreadas del año. Las salas del fondo estaban llenas, la planta de arriba, a rebosar. A mí me había tocado servir en el rango del banquete junto con otra chica, lo que implicaba velar por coordinar entre las dos un menú cerrado muy extenso. En ocasiones así había que trabajar rápido, retirando cada plato y sirviendo el siguiente, recordando la combinación exacta de vajilla y colores. Entretanto tenías que estar pendiente del reloj, y asegurarte de solicitar las comandas a cocina correctamente: demasiado pronto los platos se atropellarían, perturbando el flujo ideal; demasiado tarde y los comensales se mostrarían hambrientos e inquietos. Hacia la mitad de la noche pasé por delante de la mesa donde estaba sentado el hombre, esta vez con un amigo; me hizo una seña para detenerme y por algún motivo me detuve, aunque mi intención había sido ignorarlo. Me pidió otra cerveza, retiré el botellín vacío de la mesa y anoté la comanda. Recordé que mientras él hablaba pensé en su primera visita al restaurante, más o menos por las mismas fechas en que se divorció, deseoso de hablar de su negocio, su arte. No recordaba qué había dicho yo entonces, cómo había actuado, pero recordé que me dio lástima. Puede que por pura compasión hubiera sonreído y le hubiera dicho algo sencillo, algo que él había interpretado como lo contrario de lo que yo había pretendido. El hombre estuvo hablando mucho rato, aunque saltaba a la vista que el restaurante estaba a tope, aunque saltaba a la vista que yo tenía que retirarme. A su lado, su amigo, al que yo nunca había visto pero que se parecía al hombre en aspectos más emocionales que físicos, no decía nada pero se reía de vez en cuando, con la cara toda rosada por la cerveza, y seguía observando, como el público de una obra teatral fascinante. Yo sostenía el botellín vacío en la mano y escuchaba, sin dejar de pensar en la otra camarera, sola en el fondo del restaurante, los platos con los que debía de estar haciendo malabares, las

comandas que yo me estaba perdiendo. No entendía cómo el hombre podía no percibir la diferencia entre mis acciones y mis sentimientos, que para entonces eran tan fuertes y puros que los sentía irradiar de mi cuerpo, como una especie de calor. Cuando por fin dejó de hablar, volví a la cocina y eché el botellín al reciclaje. En ese momento no era capaz de explicarlo, pero sentía que el hombre me había arrebatado algo, algo que atañía a la intimidad de mi felicidad en la piscina, o el umbral de lo que había sentido mirando el cuadro. Eran cosas valiosas, que seguían siendo un misterio para mí, y ahora, lo sabía, me encontraba más lejos de ellas. Me eché el pelo hacia atrás y me arrodillé para coger una bandeja y un paño para limpiar la mesa. Me levanté y regresé a la sala del banquete, donde habíamos acumulado mucho retraso, y empecé a echar una mano.

En cuanto el tren salió de la estación experimenté una sensación de alivio. Me apetecía caminar por el bosque, entre los árboles. Me apetecía no tener que hablar con nadie, ver y oír sin más, sentirme sola. El tren desfiló entre campos y granjas, invernaderos modestos cubiertos de plásticos y cruces. Un poco más adelante, me apeé del tren y compré en un colmado fruta y unas bolas de arroz y algas, y también té y galletas saladas. Luego, cogí el autobús a la montaña, hasta el inicio del camino. Pasaría allí la noche y por la mañana volvería andando hasta el punto del que había salido. De camino a la posada, vi que había unos baños no muy lejos de donde me alojaba, así que cogí una toalla, dejé todas mis cosas y volví carretera abajo. Era última hora de la tarde, y en todo el trayecto no vi ni un solo coche. La casa de baños era una estructura de madera al final de una pista sin asfaltar. Los árboles de alrededor eran de un verde intenso, un manto denso y oscuro de barro y tierra y hojas muertas en el suelo. La tina era honda, el agua, turbia. Me lavé y me recogí el pelo en la coronilla antes de meterme. Las paredes eran de piedra maciza y los suelos de madera estaban húmedos y brillantes, con unos tablones alargados y manchados de negro desde hacía mucho tiempo. No había nadie más y no llegó nadie en todo el rato que pasé allí.

Vi cómo se oscurecía el día afuera. Había dos cuadrados largos y estirados de luz blanca en la superficie del agua, reflejos de la ventana. Pensé en mis tardes en la piscina en mis tiempos de estudiante, en cómo me había sentido, estirada y esbelta. Pensé en mi

madre, que nunca había aprendido a nadar, y en Laurie, y en atravesar en kayak el lago del cráter cerca de donde se había criado.

A principios de año nos habíamos mudado de ciudad para vivir juntos, y habíamos comprado un piso cerca de la cuenca de la bahía. De momento solo habíamos vivido allí un invierno: días cortos, los vientos más potentes que hubiéramos conocido, pero todo nuevo aún. A veces éramos como dos alpinistas recién llegados a un altiplano, mudos, pasmados, sorprendidos de haber encontrado por fin un sitio donde descansar. Pensé en las mañanas allí, adormilada y oyendo los sonidos de Laurie mientras se preparaba para ir a trabajar: la cafetera al fuego, la ducha corriendo, el olor del café, sus botas sobre el suelo de madera. Si entraba el gato, oía en primer lugar el suave claveteo de sus patas y luego notaba su peso al caer sobre mi pecho, con un ronroneo tan profundo que notaba el temblor en mi propia garganta. Me gustaba el piso. El salón tenía vistas a la bahía. Podías descorrer el pestillo y recoger la puerta de cristal, que tenía una hilera de cuadraditos blancos, desvaídos y descascarillados, y contemplar el mar, que en los primeros meses había estado gris como la lluvia o pálido como el borde de una taza azul. Casi todas las habitaciones contaban con dos puertas, y podías pasar trazando un círculo del salón a la cocina, al recibidor y por fin al dormitorio, casi como en un decorado teatral. Desde cualquiera de las habitaciones percibías constantemente la insinuación de otra, como en un cuadro donde el sujeto mira un espejo, observando algo que queda fuera de plano. Lo que más me gustaba eran los días en que podía deambular descalza, sin necesidad de salir. La moqueta era de un azul denso, antiguo, del color de un gato ruso, desplegada muy tirante por las escaleras igual que un papel doblado. El suelo de la cocina era de tablones viejos que notaba suaves, chirriantes y cálidos en la planta de los pies. Iba de habitación en habitación, poniendo algo de orden. Había libros abiertos por el suelo, tazas, periódicos, nuestras chaquetas y otras prendas de vestir, mantas deshechas y arrinconadas o dejadas encima de alguna silla. Yo trasladaba las tazas y los platos a la cocina y lavaba los cacharros mientras miraba la pequeña parcela de jardín, donde la mala hierba crecía con total libertad. O cogía un paño y limpiaba la mesa y las estanterías, levantando un instante la roca que Laurie había traído una vez de la montaña, la que parecía la nariz de un señor de perfil, y que él había llevado en la mano incluso cuando trepábamos por peñascos y nos abríamos paso bordeando la orilla del río

ayudándonos con cuerdas. Siempre había pequeños cambios: una naranja echada a perder en el frutero, listas de cosas en pedazos de papel. Una vez trajimos del monte una vaina marrón inmensa que parecía de cuero y la dejamos en la cocina, junto al horno, el sitio más cálido. Una mañana, despertamos y descubrimos que se había abierto, revelando una semilla tan grande y oscura como el hueso de un aguacate.

En otra ocasión hubo un apagón y sacamos una linterna frontal y unas pocas velitas de una de las cajas de la mudanza todavía sin deshacer. Mientras la tormenta rugía afuera, fuimos dejando las velas en puntos concretos de toda la casa. Cuando las encendí en la cocina flotó brevemente un olor a tarta de cumpleaños. Recuerdo que preparé una cena sencilla, que pelé los tomates casi a oscuras, guiándome más por el tacto que por la vista. Laurie había puesto el tocadiscos y bailaba despacio y con sentimiento delante del gato, que lo miraba con el ceño fruncido desde su cojín en el suelo. Casi no veíamos la comida encima de la mesa, advertíamos solo las formas y las texturas de la verdura en sus cuencos. Yo había metido en casa la ropa tendida y había sábanas colgadas del tendedero plegable, de una escalera de mano, de una puerta cristalera. Afuera se oía el viento fuerte, pero dentro todo estaba en calma. Recordé pensar mientras comíamos cómo podían procurar tanta felicidad detalles tan sencillos.

En abril fuimos a visitar al padre de Laurie; primero volamos al norte y luego alquilamos un coche pequeño amarillo chillón y condujimos varias horas. La temporada de lluvias estaba acabando, y todo era exuberante y verde. Observaba por la ventanilla las carreteras llanas y las lomas y los cielos descomunales y tormentosos, fascinada de ver el paisaje en el que se había criado Laurie, que en cierto modo debía de ser todavía parte de él. Yo sabía que Laurie estaba contento y a la vez triste de haber vuelto al lugar del que se había marchado en la adolescencia, y por algún motivo sentí como si estuviera viendo algo íntimo, como si de pronto volviera a ser un niño y yo observara una parte de él abandonada mucho tiempo atrás. Por el camino paramos para que condujera yo y Laurie me hizo una foto de pie junto al coche amarillo chillón en un campo de verdes cañas de azúcar. Mientras circulábamos, me señaló su antiguo instituto, la casa de un amigo de infancia, la castigada pista donde había entrenado y competido de chaval. Paramos en un lago muy grande que parecía un círculo casi perfecto. Laurie me explicó que un cráter había formado el

lago y que nadie sabía qué profundidad alcanzaba realmente. De adolescente lo había cruzado a nado muchas veces, y una vez, con su primera novia, habían cogido prestada la canoa de un amigo y una tienda y habían acampado al otro lado.

Su padre vivía en una finca inmensa y fértil tierra adentro. Habían construido ellos mismos la mayor parte de la vivienda en torno a la casa de tablas de chilla original, añadiéndole una habitación extra, donde nos alojamos nosotros, y una terraza grande de madera. Había un cobertizo para las cobayas, y por las mañanas un gallo se pavoneaba y cacareaba entre las gallinas y la hierba segada. Aunque Laurie no vivía allí desde hacía muchos años, se movía por la casa con una honda sensación de familiaridad, esa que solo puede desprenderse de la niñez. Iba libremente de cuarto en cuarto, cogía objetos como si fuesen suyos, conocía todos los cuadros de las paredes y sabía dónde se guardaba todo. En la habitación para invitados, encontró una caja de zapatos llena de fotos antiguas y me enseñó una de la fiesta de su quinto cumpleaños, con todos los niños vestidos de pirata saliendo de un barco de madera que el padre había construido para ellos y que luego se había quedado en el jardín muchos años. Su padre nos ofreció café y fruta, algo verde con textura de fruto seco y una consistencia de natillas, y juntos hablaron sobre la vieja casa y los hermanos de Laurie y el trabajo del padre. Más tarde, el padre propuso ir al hangar para que viéramos la avioneta que pilotaba a veces, y si nos apetecía y el tiempo acompañaba dar una vuelta con él, ya que estábamos allí.

A la mañana siguiente nos levantamos temprano y fuimos andando a un sitio que Laurie conocía en las montañas, donde decía que podríamos nadar. Incluso a esa hora el sol apretaba, pero Laurie decía que en cuanto llegásemos al sendero, bajo la sombra de los árboles, estaríamos bien. Yo le dije que la noche anterior había soñado con el lago del cráter. Él volvía a ser un adolescente y yo era su novia de entonces. Le dije que nadábamos juntos sin dificultad pero que cuando llegáramos a la mitad yo paraba y le decía que no podía, que no podía seguir. Recordaba la sensación de profundidad infinita debajo de mí, que solo percibía porque él la había mencionado, pensando que si paraba en ese momento me hundiría cada vez más y nadie sabría por cuánto tiempo. Pero en el sueño Laurie me decía que no, que siguiera, y eso hacíamos, y cuando alcanzábamos el otro extremo ya se había hecho de noche.

Cuando llegamos al sendero, comprobé que Laurie no me había

mentido: los árboles formaban un denso dosel por encima de nuestras cabezas y la sombra era frondosa y exuberante. El camino estaba muy empinado y Laurie iba delante. Recordé seguir sus zancadas largas y seguras, pasar por encima de raíces y rocas. Él había caminado muchas veces por aquel sendero y por otros, y lo conocía lo bastante bien para no tener que pensar. Por otro lado, aquel mundo era bonito y a la vez profundamente desconocido para mí. Al cabo de un rato, oí el río cerca y aunque al principio no podía verlo a través de los árboles el sonido del agua era tan reconfortante como una nana. En un momento dado, Laurie se detuvo y señaló con el dedo. Entre los árboles, en el centro mismo del sendero, había una telaraña con una araña gigantesca y redonda cerca del centro. Sin mediar palabra, la rodeamos agachándonos. Al final vi el río junto a nosotros, y poco después Laurie me condujo hasta una ribera desde la que se podía nadar. El agua estaba fría y parda y cristalina. Me quedé de pie en la arena y vi varios bancos de pececillos diminutos reunidos en las aguas someras. Al otro lado, un acantilado gigante se alzaba en ángulo. Sus rugosidades grises flotaban por encima del agua, llenas de bocas y costuras oscuras, en algunas zonas tan desgastadas que eran casi rosas. En el punto donde se hundían en el agua, las rocas eran oscuras y verdes, y olían a mineral. Laurie abrió la mochila y me ofreció algo de fruta que debía de haber cogido de los árboles de su padre esa misma mañana. Desayunamos, y luego nos desvestimos y nadamos.

Ese mismo día, el padre de Laurie nos llevó a su estudio, un cobertizo muy grande de chapa ondulada y madera. Miraras donde miraras había herramientas, aperos, láminas de plástico, y una mesita baja, muy cerca del suelo, donde se podía comer o leer. Su padre nos mostró varias de las cosas en las que estaba trabajando: el retrato de un amigo, cuya cara llevaba años intentando esculpir, insatisfactoriamente, hasta que por fin lo había conseguido, y otro de una figura femenina abstracta, maciza y a la vez ligera, en bronce. La cara masculina, pensé, era en cierto modo segura y a la vez amorfa, como si el padre hubiera hecho lo mínimo para evocar algo. El lugar donde debían estar los ojos quedaba en sombra, de modo que podían estar abiertos o cerrados, y los labios eran firmes y con las comisuras hacia abajo. Su padre, advertí, hablaba con facilidad y educación con todo el mundo, como le pasaba a Laurie. Poco antes había señalado las orquídeas silvestres que crecían en las grietas de las rocas y percibí en él, como en Laurie, esa capacidad para captar los pequeños detalles

del mundo, o para ver cosas que a los demás nos pasaban desapercibidas. Era, sospechaba yo, algo que hacía de forma inconsciente, o automática, sin darse cuenta de cómo repercutía luego en las esculturas que creaba o en las cosas que decía. Aunque en realidad puede que sí fuera consciente de ello y lo cultivara, como uno alimentaba una planta nueva.

Abrí la caja de zapatos que Laurie había encontrado en la habitación para invitados y volqué el contenido encima de la cama. Dentro había más fotos, Laurie y sus hermanos de niños, todos andando por un camino de tierra al atardecer, en algún lugar donde el paisaje se veía recién arrasado y pelado, su madre con él o con su hermana en brazos, una luna pálida apenas visible sobre sus cabezas. Había postales de personas que yo no conocía, un pasaporte con la página de los datos personales cortada. Encontré un dibujo de Laurie, un pez en el agua. Cuando le pregunté por él, me dijo que lo hizo en primaria, con once años o así. Le dije que no podía ser, que era demasiado bueno para un crío de once años, y él me recordó que su madre fue pintora, que los dibujos que colgaban de las paredes eran de ella.

Laurie dedicó la tarde a arreglar una ventana nueva para el estudio de su padre, midiendo con cuidado y lijando la madera para que encajara, mientras yo leía y lo veía hacer desde la terraza. Su padre preparó para cenar un sencillo curry verde que comimos fuera, pelando gambas a medida que el cielo se tornaba violeta por encima de nuestras cabezas, la madera de la mesa plateada por la edad. Mientras comíamos, Laurie y su padre conversaron sin reservas. Contaron anécdotas sobre sobrevivir a ciclones, sobre sus viajes juntos por todo el país, sobre accidentes y bromas que gastaban los niños hace mucho mucho tiempo. Percibí que aquellas anécdotas eran las que habían contado ya muchas veces, transmitidas y moldeadas por toda la familia, pulidas y refinadas con cada narración. Mientras los escuchaba, pensé también en el dibujo de Laurie y en las esculturas de su padre, en que estaban vivas en cierto sentido. Poco antes, le había hecho algunas preguntas al padre acerca de su trabajo, y él me había hablado de los procesos, del método de suma o resta, de cómo escogía hacer algo en madera o en piedra, en función de las propiedades del material, o de cómo a veces hacía un molde para poder trabajar en metal o bronce. Quise preguntarle más cosas, ahondar un poco más, pero por algún motivo no di con la manera de formular lo que quería

saber y dejé pasar el momento. Laurie y yo leímos hasta tarde, y cuando por fin me quedé dormida lo hice con la sensación de que Laurie ya no leía, sino que me miraba como uno es capaz de mirar a una persona que conoce bien, totalmente y sin reservas.

Me desperté temprano y salí con las primeras luces del alba. Había neblina en las montañas y constaté que estaba cayendo una fina lluvia. Saqué una funda impermeable para cubrir la mochila, y un chubasquero. De nuevo, me crucé con muy poca gente. Por la carretera, me pegué al arcén y los coches me adelantaban con lo que me parecía una cautela amable, como si fuese un animalito al que no quisieran sobresaltar. Sentía el aire fresco y húmedo en la cara. Paseé por pueblos silenciosos con casas y pequeños jardines donde los inquilinos habían cosechado verduras que se secaban en canastos junto a la puerta. Pasé por delante de un andén vacío, puentes, una presa donde el agua caía desde una fuente invisible, negra y fría en movimiento, blanca y potente contra las rocas. La mochila pesaba, cargada de comida y agua, incluidas las dos manzanas rojas gigantes que había descubierto en el colmado el día anterior. A mi alrededor había caminos rurales y tierras de cultivo. Dejé atrás una leñera con los troncos apilados muy juntos y ordenados. Más adelante vi unos árboles con unos frutos muy vistosos, y al acercarme constaté que eran caquis. Algunos estaban duros, recién salidos, y otros yacían en el suelo formando una pasta dulce. Hurgué entre las ramas en busca de alguno que estuviera maduro y me lo llevé para comer durante la caminata. Pensé de nuevo en Laurie y me pregunté qué opinaría de aquella escena, de aquel paseo, sobre qué hablaría y en qué cosas repararía. A solas no parecía avanzar en mis propios pensamientos. En un *email* me había dicho que, cuando volviera, podríamos empezar a hacer una repisa de madera para poner en mi estudio, de la que podría colgar varias macetas, para que la habitación fuese una jungla en miniatura.

Enseguida abandoné la carretera y me adentré por el sendero. En algunas partes era como un pasillo, bordeado a ambos lados por árboles altos y espectrales que se mecían a mi alrededor como al son de un rumor que yo no podía oír. La tierra emanaba un olor frío y fértil como el fondo de un pozo, y el sendero serpenteaba muy empinado hacia arriba, húmedo y embarrado en algunas zonas. Pasé

junto a un río y dos pequeñas cascadas, cuyo sonido era casi indistinguible de la lluvia. El agua que caía a chorros por las rocas era blanca y luminosa como sal. Yo no pensaba en nada ni en nadie. Encima de una piedra cerca de mis pies había una ranita diminuta del mismo color que una hoja otoñal. El camino seguía serpenteando a través de toda una serie de localidades y montañas. Yo desaparecía y surgía del bosque como un personaje de cuento. Un perro mediano de pelaje entre zorro y coyote, con la cola enroscada hacia arriba, me vio pasar de largo desde una casa en lo alto de una colina. Pensé en mi madre y en que algún día, en un futuro, yo entraría con mi hermana en su piso, el que nunca había visto, con el solo propósito de hacer una selección entre las posesiones de toda una vida y meter todo en cajas. Pensé en todas las cosas que allí me encontraría; objetos íntimos como joyas, álbumes de fotos y cartas, pero también señales de una existencia cuidadosa y bien organizada: facturas y recibos, números de teléfono, una agenda, las instrucciones de la lavadora y la secadora. En el baño habría ampollas a medias y frascos de su perfume y sus cremas, señales de sus rituales diarios que no le gustaba que nadie más viera. Yo sabía que mi hermana, tan metódica como siempre, sugeriría que distribuyéramos todo en tres montones: para guardar, para donar, para tirar. Yo me mostraría de acuerdo pero, al final, sabía que no me quedaría nada, aunque ignoraba si por exceso o por falta de emoción.

En un momento dado, ya por la tarde, me detuve bajo una marquesina para comer y hacer té. Saqué el pequeño camping gas con su bombona rojo ambulancia, encendí el fuego y le puse encima una cacerolita de aluminio fino. Luego, desenrosqué el tapón de una de las botellas de agua y llené la cacerola. En cierto modo resultaba increíble ver el vapor elevarse, el agua en ebullición, entre el golpeteo constante de la lluvia. Mientras andaba, el movimiento me había mantenido en calor, pero al detenerme me di cuenta de que tenía el pelo un poco mojado, lo mismo que el jersey. Había comprado el chubasquero en una tienda de segunda mano antes del viaje, sin esperar realmente que lloviera mucho. Ahora me daba cuenta de que era más bien un cortavientos, lo bastante fino para que algo de lluvia calara, y también resultaba que se había descosido un poco a la altura del hombro. Decidí que daba un poco igual. Estaba convencida de que llovía menos, y de que en cualquier caso no podía hacer nada. Me bebí el té y comí dos de las bolas de arroz, que estaban riquísimas, y de

pronto me sentí voraz. Me comí las galletas saladas y una de las manzanas. Cuando me puse de pie para continuar, intenté reajustar las correas de la mochila para que el desgarrón en la costura no fuera a más.

Hacia el final de nuestra visita al padre de Laurie, volvimos en el coche al lago del cráter, alquilamos unos kayaks y nos echamos al agua. Recordé que el día estaba tranquilo y el agua parecía un espejo. El cometa había formado un agujero tan hondo que los árboles crecían hasta la mismísima orilla, que se volvía aguas profundas rápida y repentinamente, de modo que el lago entero parecía perfectamente cercado, de un modo estremecedor y casi artificial. También allí había empezado a llover, muy poco a poco. Yo había ido siguiendo el kayak de Laurie, cuya estela formaba una bonita uve, como un guía. Pensé otra vez en que nadie conocía a ciencia cierta la profundidad del lago, y en que no era capaz de sacármelo de la cabeza. Con el agua tan en calma, con la lluvia empañando la otra orilla, costaba tener una percepción real de las distancias, y seguimos remando y remando, con todo flotando como en un sueño.

Laurie me habló de la vez que había hecho una excursión en kayak con su hermano, no allí, sino por un río mucho más grande. Se suponía que la excursión iba a durar varios días, y ellos habían preparado con esmero toda la comida y los pertrechos, dividiendo el peso equitativamente entre los dos kayaks. Laurie contaba que en un momento dado llegaron al primer tramo de rápidos y lo atravesaron sin incidentes. Dijo que todavía recordaba aquella sensación, la facilidad con la que había reaccionado su cuerpo, pensando tan deprisa que no parecía que estuviera pensando, sino salvando cada ángulo, cada descenso, justo como había que hacerlo. Estaba todavía saboreando esa sensación cuando de pronto se hundió; seguía sin saber el motivo, pero puede que hubiera otro tramo de rápidos secundarios que él, en su ensoñación, no fue capaz de prever. Dijo que recordaba estar sumergido, con el agua corriéndole por el cuerpo, la cara, el cráneo, pero sintiéndose curiosamente tranquilo y pensando que solo tenía que esperar, esperar a ver qué sucedía después. Y entonces, tan rápido como se había hundido, salió de nuevo a la superficie y vio a su hermano junto a él. Por algún motivo, dijo Laurie, después de toser, jadear y recuperar el resuello, ni él ni su hermano comentaron el suceso, sino que siguieron tan tranquilos y no hablaron del tema en todo el día, a pesar de que él había visto la cara

descompuesta de su hermano cuando salió a la superficie. Me pregunté si quizá no sería porque había sido demasiado real, demasiado espantoso, pero Laurie dijo que no, que en su opinión tal vez fuera justo por lo contrario: porque los dos sabían que no habría cambiado nada, los dos querían seguir, y no les quedaba otra que seguir. Aparecerían otros rápidos que tendrían que atravesar, y lo que había sucedido no cambiaba eso. Recordé pensar entonces en el dibujo de Laurie, y en el retrato del padre de su amigo, y me pareció que el círculo prácticamente se cerraba. Había algo en la escultura de su padre que me recordaba al acantilado de la cascada, o a la forma creada por el cráter; casi no parecía ser fruto de una mano humana. Más bien era como una roca que una pudiera vislumbrar a poca distancia, moldeada por el viento o por la lluvia o por el tiempo, de suerte que sus ángulos romos y sus sombras representaban inexplicablemente una cara, lo que la hacía aún más sorprendente y bonita, porque era un accidente y un símbolo al mismo tiempo.

Un día pregunté al padre de Laurie si le importaba que visitara su estudio otra vez. Recuerdo que formulé la pregunta como cuando los hijos de mi hermana pedían algo a veces: con indiferencia, pero de un modo que evidenciaba que habían estado todo el día pensando en su petición. Dejé el libro en la mesa y fui sola al cobertizo de madera. Era primera hora de la tarde y la luz era intensa. Recordé que hice visera con la mano mientras caminaba. Había un cerrojo grande de metal oxidado en la puerta, pero sin candado, así que simplemente lo descorrí. Dentro olía a madera recién cortada. La luz entraba formando haces a través de las ventanas sucias, y las polillas revoloteaban contra los cristales como el aire de una cosecha de trigo recién trillada sobre el que Chéjov había escrito en uno de sus cuentos. Me acerqué al retrato sintiéndome como si invadiera un espacio en el que no debía estar, y por tanto como si hubiera que actuar rápido para lograr lo que en última instancia deseaba. Con cuidado, aparté la funda de plástico y me quedé mirando el busto del hombre. Yo era lo bastante bajita para que mi cara quedase casi a la misma altura que la de él, mi nariz a la de su nariz, mis ojos a la de sus ojos, que estaban abiertos o cerrados, y de esta manera casi pudimos observarnos el uno al otro. Examiné la escultura, sin dejar de preguntarme si alguien entraría y zanjaría el momento antes de que yo estuviera preparada. Aquella mañana le había pedido al padre de Laurie que me contara más cosas de su trabajo, y él me había hablado de su formación en

Europa y de que había sido profesor de matemáticas antes de pasarse al arte. Habló también de ingeniería, de pesos y contrapesos, de proporciones y conservación. Pero hacia el final de la conversación yo seguía desconcertada. Lo que yo quería saber en realidad era cómo había hecho la cara: ¿cómo exactamente le había conferido ese carácter humano, y cómo, por ejemplo, había sabido equilibrar con tal precisión la solemnidad y lo opaco? Tenía la sensación de que nada que yo hubiera hecho jamás estaba tan vivo, pero parecía que ni siquiera era capaz de hacer las preguntas justas. Recordé también estar de pie junto a Laurie en el jardín de nuestra casa y verlo dar vueltas a un trozo de madera en un torno, su seguridad y confianza cuando sabía qué forma quería darle, y cómo yo siempre había envidiado eso.

En lo alto de la montaña, un tramo del camino estaba cubierto con unos tablones de madera gruesos y viejos, como traviesas de ferrocarril. Allá arriba debía de haber llovido durante días, y los tablones estaban verdosos y resbaladizos, recubiertos de lo que parecía una fina capa de algas. Faltaban unos cuantos, y el hueco que dejaban mostraba el suelo un metro por debajo, más o menos. Subí despacio, con cuidado de no dar un resbalón y caer. Había helechos tupidos, troncos negros y finos, y a lo lejos una neblina tan densa que se veía casi malva contra el verdor. En varios puntos me detuve a descansar y admirar las vistas. A través de las láminas de lluvia, el paisaje parecía casi un biombo pintado que habíamos visto en una de las casas antiguas, compuesto de varios paneles, y sin embargo el artista había hecho un uso mínimo del pincel, trazando un puñado de líneas esmeradas sobre el papel. Algunas eran recias y definidas, mientras que otras se desteñían y borraban, transmitiendo una sensación vaporosa. Y aun así, cuando lo mirabas veías algo: montañas, disolución, forma y color en un movimiento siempre descendente.

La noche anterior había estado mirando en el móvil las fotos de los días en Tokio. En medio de las instantáneas de salas y jardines, y de las cerámicas que yo había fotografiado en el museo, me topé con un vídeo de veintidós segundos en el que salía yo en el cruce de Shibuya, entre una multitud que pululaba en todas direcciones y los anuncios de las pantallas gigantes. El semáforo estaba a punto de cambiar, y a

través del altavoz oí la voz de mi madre pidiéndome que esperara, que esperara y sonriera. Una noche salí de la ducha y la encontré sentada en la cama, con sus cosas formando un desacostumbrado desbarajuste. Me miró con semblante de pánico y anunció que había perdido el pasaporte. Pregunté si estaba segura y me dijo que lo había buscado por todas partes, que había comprobado dos veces todas sus cosas; no estaba. Al cabo de pocos días nos trasladaríamos a Kioto, antes de volar de vuelta a casa. Le pedí que hiciera memoria, que recordara la última vez que lo había usado. Le dije que nos quedaba aún un día en Tokio, que podríamos hacer unas llamadas, volver sobre nuestros pasos. Si no, le dije, tendríamos que acercarnos a un consulado o una embajada. Intenté pensar en las palabras en japonés para lo que nos hacía falta, pero me quedé en blanco. Al día siguiente, nos recorrimos medio Tokio: Ueno, Hibiya, Aoyama y Roppongi. Las calles estaban húmedas y resbaladizas de lluvia. Yo no apartaba la vista del suelo, como si fuésemos a tropezar con el pasaporte igual que con un pendiente extraviado. Al final, volvimos al hotel, agotadas y desanimadas. Poco después, mi madre dio un respingo y se volvió hacia mí, con el alivio pintado en la cara, sacando el pasaporte de un bolsillo oculto de su maleta.

Pensé que, de todos los sitios que habíamos visto, donde más feliz se mostró fue en una tiendecita que habíamos descubierto en uno de los muchos pasajes subterráneos anejos a las estaciones de metro, uno de esos negocios que venden guantes y calcetines fabricados en tales cantidades que resultaban asequibles, y para colmo estaban rebajados. La tienda estaba a rebosar de gente que examinaba los expositores. Mi madre estuvo casi cuarenta minutos mirando cada una de las secciones y compró regalos para todos. Se aseguró de escoger con mucho cuidado y consideración, destinando un artículo para cada persona lo mejor que supo, y compró dos pares de guantes de colores vivos para los hijos de mi hermana y uno para mí. Cada vez que le preguntaba qué quería visitar en Japón, ella contestaba que cualquier cosa le parecía bien. Lo único que me preguntó fue si en invierno hacía frío como para que nevara, porque ella nunca había visto la nieve.

En las montañas, supe que me estaba demorando más de la cuenta. Estaba oscureciendo y todo corría, afluyendo hacia el suelo. Y sin embargo, incluso en el agotamiento que acusaba había una suerte de dulzura. Pensé en Laurie y en nuestras muchas conversaciones sobre

hijos. Mi catedrática nos había dicho una vez que los padres eran el destino de sus hijos, no solo en lo relativo a las tragedias sino también en muchos otros aspectos, más insignificantes pero no por ello menos poderosos. Yo sabía que si tenía una hija esta viviría en parte según la manera en que yo había vivido, y sus recuerdos serían mis recuerdos, y a ese respecto no tendría elección. Cuando éramos pequeñas, mi madre nos leía un libro de fábulas japonesas, ya que no había conservado nada de su propia niñez. Uno de los cuentos iba sobre una montaña cuya cumbre estaba rodeada de un anillo de nubes, como un collar; era tan bonita que la montaña más grande del mundo se enamoró de ella. Pero la montaña de las nubes no correspondía a su amor, y en cambio se prendó de otra más pequeña y más llana que quedaba por debajo. Al descubrirlo, la gran montaña se ofuscó y enfureció tanto que se transformó en volcán en erupción, cubriendo el cielo de humo y oscuridad y dolor durante muchos días. Recuerdo que, por algún motivo, aquella leyenda me conmovía, el amor de la bonita montaña-nube por la otra, más pequeña y más buena, el tormento del volcán, como si a esa edad sus pasiones se me antojasen más reales que cualesquiera de las pasiones humanas. No me acordaba de ningún otro cuento de ese libro, salvo de uno en el que una joven moría en la nieve, aunque intenté recordar más mientras caminaba.

La tarde se tiñó de azul intenso, empezó a refrescar. Me sentía cada vez más lejos de todo. Los helechos a ambos lados del camino eran casi sombras. Sabía que debía apretar el paso, intentar imponerme a la noche inminente, pero al igual que el día que atravesamos el lago en kayak, no encontraba dentro de mí una sensación real de urgencia. De modo que deambulé despacio, sintiéndome casi como una persona extraviada que baraja la posibilidad de tumbarse a dormir sin más. Pasé junto a un puente viejo y me detuve para atravesarlo y ver el agua correr, abundante y acelerada por la lluvia. Al final, atisbé la estación de trenes a lo lejos, alumbrada por una luz anaranjada muy tenue; en medio del azul de la noche fue como una aparición entre la bruma. El último tren salía al cabo de cuarenta minutos. Me tiré de las mangas de la chaqueta para que me taparan las manos y crucé los brazos sobre el pecho mientras esperaba sentada en un banco. Al final, me levanté y compré una botella de sake en una de las máquinas. Era transparente y frío, al principio me supo a alcohol y a algo vagamente dulce, antes de evaporarse en la nada. Al cabo de un rato dejé de tener frío y solo notaba mucho cansancio. Se me pasó por la cabeza el

pensamiento vago y exhausto de que quizá estuviera bien no entender todas las cosas sino simplemente verlas y aprehenderlas.

En la posada, mi madre no estaba en nuestra habitación. Pregunté en recepción y el empleado me dijo que no la había visto. Añadió que la habitación estaba reservada solo para una persona, yo, y no para dos. El apunte me irritó, y tuve la sensación de que lo di a entender a través del tono de mi respuesta. La posada era minúscula, y nos habíamos registrado juntas el día anterior. ¿Cómo era posible que el hombre no recordara el número de huéspedes? Volví a la habitación y esperé. Poco antes, mientras me quitaba los zapatos en la entrada, me había percatado de que estaban empapados y llenos de barro, y los calcetines mojados. Sabía que debía darme una ducha, ponerme algo seco, pero estaba agotada. Al cabo de un rato salí y me quedé plantada en la calle, mirando primero en una dirección y luego en otra. Las luces de los negocios y los coches parecían venir de ninguna parte, como un tren que avanzase despacio. Cuando mi madre apareció por fin, bien podría haber sido un espectro. Llegaba con el plumas cerrado hasta la barbilla, y en medio de la noche fría la respiración le salía en forma de nubecilla, como un espíritu diminuto en huida. Detrás de ella brillaban los faros de un coche. Se encaminaba hacia mí muy despacio, sin que yo percibiera en su rostro señales de que me reconociera, como si yo fuese un fantasma con el que ella no quería tener un encuentro. En las manos llevaba una bolsa de supermercado blanca. Olía a arroz, a curry caliente. Cuando me reconoció, su cara estalló en calidez. Estás aquí, dijo, como si nos hubiéramos perdido de vista apenas unos minutos, como si me diera la bienvenida a su casa. Entra y come algo, dijo.

Esa noche estaba cansada, casi me quedaba dormida de pie. Mi madre desembaló el curry y el arroz para las dos y comimos juntas. Mientras yo me duchaba, desenrolló los futones e hizo las camas, y cuando volví me entregó un par de calcetines de lana gruesos. Eran muy grandes, y nuevos, rojo encendido, y por algún motivo me hicieron reír. Afuera, el viento soplaba a rachas y hacía tintinear los cristales de las ventanas. Las dos oíamos las profundas oleadas de lluvia expandiéndose y contrayéndose. Consulté el móvil y vi que había avisos por un tifón que se dirigía hacia Tokio, y me quedé dormida con la tormenta en los oídos.

Al día siguiente amanecí incubando un resfriado, con la cabeza embotada, pero teníamos que dejar la posada y coger el tren a Kioto, que sería nuestra última parada antes de volar de vuelta a casa. Por el camino, de pronto mi infancia se me antojó un sabor: una hierba dulce y a la vez amarga, como el anís estrellado, una raíz negra de color alga que saboreé con la imaginación pero, como tantas otras cosas, ya no era capaz de nombrar. En el tren, mi madre me pasó su teléfono y leí en voz alta nuestros horóscopos, que vaticinaban amor, prudencia, dinero y suerte, todo en el mismo mes. Cuando pasó el carrito con la comida y la bebida compré unos helados de té verde, aunque tal vez hiciera demasiado frío para tomar helados, y le di uno a mi madre. El sabor era amargo y agradable, y los helados en sus tarrinas de papel flexible, con sus cucharitas de madera planas, me recordaron a las otras tarrinas, idénticas, que mi madre solía comprarnos a mi hermana y a mí cuando éramos pequeñas, y nos dejaba tomar sentadas en el parque infantil mientras ella hacía las compras. Recordé cómo esperábamos ilusionadas los helados cada semana, lo mucho que nos emocionábamos cuando llegaba el día, como si aquello fuera lo único importante, sin pensar nunca en todo el trabajo que representaba para mi madre. Recordé que Laurie y yo bromeamos una vez acerca de mi frugalidad, mi manía de acabarme las sobras de todas las comidas, aunque no tuviera hambre, mi incapacidad para desperdiciar nada. En aquel momento yo también me lo tomé a broma; no dije que la frugalidad era de mi madre y no mía, yo solo la reproducía. Sabía que mi madre había guardado todos los tiques, folletos y guías que nos habían dado, y que se los llevaría a casa, como si en cualquier momento fuera a sacarlos para leerlos como quien lee una novela. También sabía que cuando mis sobrinos abrieran sus regalos ella recogería el papel antes de que nadie lo tirase, lo guardaría y reutilizaría para otros regalos en futuras ocasiones.

El paisaje desfilaba en manchas blancas, grises y rojas a través de la ventanilla. En un momento dado, las vías viraron hacia la costa y seguimos el mar, que presentaba un color azul plano y lechoso después de la tormenta. Mi madre me miraba y sonreía, como si la hiciera feliz el mero hecho de que estuviésemos juntas y no necesitáramos palabras. Habíamos hablado de muy pocos temas sustanciales en las últimas semanas. El viaje tocaba a su fin, y no había obrado lo que yo había deseado. Pensé en aprender japonés, en lo niña que todavía me sentía en lo tocante al lenguaje, en que solo

era capaz de hacer las preguntas más básicas. Y sin embargo perseveraba, porque soñaba con ser capaz de decir más algún día. Pensé en las ocasiones en que había podido entablar una conversación juntando una ristra de frases, como con la mujer de la librería, y en la sensación de electrizante bienestar que me había proporcionado. Ansiaba más momentos así, percibir que algo fluía a través de mí, conocer a una persona y lograr que ella me conociera a mí. Pensé también en que la primera lengua de mi madre era el cantonés, y la mía el inglés, y en que juntas solo nos comunicábamos en una, nunca en la otra.

Las historias de mi madre; todo lo que nos había contado, o no, acerca de nuestro tío o sus primeros años en un país nuevo. No es que las ocultara, o que las hubiera alterado deliberadamente. Yo sabía, por ejemplo, lo de la cardiopatía de su hermano, o la historia de su primer vuelo internacional, y el nombre del pueblo donde habían nacido sus padres, que también estaba muy lejos de Hong Kong. Pero más allá de eso no había casi nada. Sus padres, según me había dicho ella, le habían revelado muy poca cosa de sus respectivas infancias, y así, como suele ocurrir cuando interviene la distancia, el nombre del pueblo era lo único que quedaba. Pensé en la película que había visto en el avión, la historia de una científica que descubre el secreto para viajar en el tiempo y salta hacia el futuro, donde todo le resulta extraño e irreconocible, incluso su propia vida. Recordé trasladar la mirada de la pantalla de la película a la ventanilla del avión, donde, abajo, las luces de muchas ciudades pequeñas brillaban como asentamientos remotos. Tal vez, pensé, mi hermana y yo nos habíamos criado de una manera que para mi madre había sido igual de impropia. Tal vez, con el tiempo, el pasado le resultara cada vez más difícil de evocar, sobre todo sin nadie con quien recordarlo. Tal vez fuera más fácil así, hasta el punto de que con el tiempo esa forma nueva se volvió costumbre, otra cosa a la que acabó habituándose, como desayunar cereales o dejarse los zapatos puestos en casa ajena o no hablar casi nunca en su lengua materna.

En Kioto, me pareció que el sol salía por primera vez en semanas. Inconscientemente, volvimos el rostro hacia él. Lo único que quedaba del tifón era un viento potente, deliberado. A la mañana siguiente, cogimos el tren a los bosques de bambú, que eran densos y altos y de

un azul casi turquesa. El sendero era corto y estaba abarrotado. A nuestro alrededor había personas que posaban como si hicieran karate, o ataviadas con kimonos y montadas en *rickshaws,* al parecer con la esperanza de vivir como pensaban que otras personas habían vivido en otro tiempo, un tiempo que en realidad nunca existió. Después visitamos varios santuarios y jardines, y me sorprendió comprobar que mi madre conocía el ceremonial de echar unas monedas en la caja de madera, tañer la campana, juntar las manos y rezar.

Después paseamos por las calles de Gion, abrazadas contra el viento, sacando fotos delante de las puertas de madera y los escaparates y parando a comer tempura en un restaurante cerca de uno de los templos más famosos. De casualidad descubrí una tienda de ropa en un callejón y le hice una seña a mi madre para que entráramos. Tenía unos techos sorprendentemente altos, como un granero antiguo, y olía ligeramente a cedro. La ropa estaba expuesta en burros de metal o en perchas independientes, muchas de las cuales colgaban del techo mediante alambres finos, de modo que las prendas se balanceaban ligeramente cuando las tocabas. La mayoría de los tejidos eran negros, de un tono tan oscuro que me hicieron pensar en un pigmento sobre el que leí una vez, uno que había usado un artista en colaboración con varios científicos y que se decía que era tan absoluto que absorbía prácticamente toda la luz. Sin embargo, cuando las mirabas bien, las prendas no eran nada absolutas, sino que estaban hechas de segmentos y pliegues y paños, de modo que a veces costaba adivinar cómo enfundarse cada una. Tal vez, pensé, no hubiera una manera correcta de ponérselas, y más bien una podía simplemente tirar, girar, y que tuvieran una caída ligeramente distinta cada vez. En el centro de la estancia había una hilera de armaritos con piezas de joyería. Las joyas eran delicadas, como de hueso, parecían modelos de ramas finas y partidas o moldes de plantas del desierto. Las joyas no eran negras, sino blancas, color caolín. En un rincón del fondo de la tienda descubrí un traje sastre compuesto de chaqueta y pantalón negros de lana suave que saqué y enseñé a mi madre, animándola a que se lo probara. Cuando salió del probador y se puso delante del espejo, vi que el corte del traje no era tan amorfo como me había parecido, sino que se ajustaba a las costillas antes de abrirse ligeramente en las caderas y los muslos; los pantalones eran tan sueltos y anchos que parecían una falda pantalón. El efecto era el de

unas formas cuidadosamente estructuradas, muy parecido a la silueta con volúmenes del *hanbok* coreano. Dije que le sentaba muy bien, y era verdad. Con aquella ropa podría haber sido una persona totalmente distinta, anónima e inclasificable.

La última mañana, la llevé a las puertas de Inari. Otra vez estaba el tiempo fresco y gris, así que nos pusimos los plumones y atravesamos el pueblecito de comerciantes y santuarios en dirección a la montaña. Había llovido durante la noche y el sendero estaba húmedo y embarrado. Le dije a mi madre que tuviera cuidado, que se fijara por dónde pisaba. Pensé en cuando me contó que mi bisabuelo era poeta, y en todo lo que se había perdido entre esa generación y la nuestra.

Mientras caminábamos, me preguntó por mi trabajo. Al principio no contesté, y luego dije que en muchos cuadros antiguos los estudiosos descubrían lo que se conocía como *pentimento*, una capa temprana de algo sobre lo que el artista había decidido pintar. A veces se trataba de un objeto pequeño, o de un color que había cambiado, pero en ocasiones podía ser algo tan relevante como una figura completa, un animal o un mueble. Dije que también en ese sentido escribir era como pintar. Solo así podía una volver atrás y cambiar el pasado, hacer que las cosas fueran no como fueron sino como hubiéramos deseado que fueran, o más bien como las veíamos. Dije que por ese motivo era mejor que no confiara en nada de lo que leía.

Cuanto más subíamos la montaña, más atrás dejábamos a las multitudes. Las puertas enmarcaban los senderos y pasamos por debajo. Algunas eran rojo vivo, otras naranja desvaído, con las bases pintadas de negro. Yo pensaba que mi madre estaría cansada, pero subió los escalones sin perder el paso, con determinación, incluso con rabia. Enseguida me adelantó. Yo paré varias veces para descansar. Todavía me dolían las piernas de la víspera y sentía la cabeza embotada. Ante nosotras, las puertas trazaban una curva gradual, quince grados, diez, de modo que no era posible ver del todo el camino que tenías por delante, ni tampoco mirar atrás.

Al final, salimos a una pendiente arbolada cubierta de helechos y cedros gris azulado. Vi a mi madre de pie junto a una roca de gran tamaño. Me acerqué, saqué la cámara y ajusté los parámetros. Le hablé de una serie fotográfica que había visto el año anterior. Aquí, dije, las puertas *torii* se conservaban, era un enclave turístico brutal,

pero en otros lugares muchas puertas más viejas y más pequeñas habían sido destruidas o abandonadas. Había, recordé, una foto de una estructura elegante desmoronada en una selva tropical. En otra imagen se veía una puerta arrumbada contra un banco de un parque, retirada para reciclar. Agarré la mano de mi madre y apreté el botón con la otra. Más tarde, mirando la imagen, vi que ni ella ni yo estábamos preparadas para la cámara: agotadas, sorprendidas y en cierto modo muy parecidas.

Mi madre entró en una de las tiendecitas de lo alto de la montaña y pedimos té verde y algo de comer. Compró un colgante muy pequeño, un zorro blanco, y dos postales. Caí en la cuenta de que todo lo que había comprado durante el viaje eran regalos para otras personas. El té estaba caliente y rico, y la comida consistía en unos bollitos con un relleno de judías dulces en el centro. Encontramos sitio en un banco y contemplamos el panorama de fuera, viendo cómo otros turistas franqueaban la última de las puertas con aire cansado o aburrido, o se encaramaban a las rocas para sacarse fotos con el valle de más abajo.

Nos quedaba un ratito libre antes de poner rumbo al aeropuerto, así que fuimos a una tienda en un templo reconvertido. Volvimos a separarnos, como era ya nuestra costumbre, y con los yenes que me quedaban compré una bufanda azul para Laurie y un cuaderno voluminoso para mí. Cuando ya había pagado, me giré para buscar a mi madre pero no la vi en ninguna de las secciones. Al cabo de unos minutos la encontré esperándome en la entrada, sentada en el banco, con aspecto de llevar allí todo el rato —y, que yo supiera, así podía haber sido—. La puerta la enmarcaba contra el exterior, y su postura era la de una estatua, con las manos recogidas en el regazo con mucha serenidad y las rodillas y los pies juntos, de suerte que todas las partes de su cuerpo se tocaban, y bien podía haber estado hecha de un único bloque de piedra. Ella misma tenía actitud de escultura, y respiraba hondo, como si por fin estuviera satisfecha. Me puse el abrigo y me encaminé hacia ella rodeando al grupo que acababa de entrar. Cuando me acercaba, me vio e hizo un gesto con la mano. ¿Me ayudas con esto?, dijo, y vi que era incapaz de agacharse lo suficiente para llegar al zapato. Me arrodillé y, con un ligero empujoncito, la ayudé a calzarse.

Agradecimientos

Gracias a Ivor Indyk, Nick Tapper, Jacques Testard, Barbara Epler, Tynan Kogane, Clare Forster, Ian See, Emily Kiddell, Nicola Williams, Emily Fiske y Louise Swinn.

Todo mi amor y gratitud a Celia, Oliver, Erin, Fi y Pip.

Esta novela ha recibido el apoyo del Gobierno de Australia a través del Australia Council, su organismo de financiación y asesoramiento artístico, y del Gobierno de Victoria a través de Creative Victoria.